

19196⁵⁴⁻⁸

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

**LA ORACION
DE LA TARDE,**

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

—
SÉTIMA EDICION.
—

266

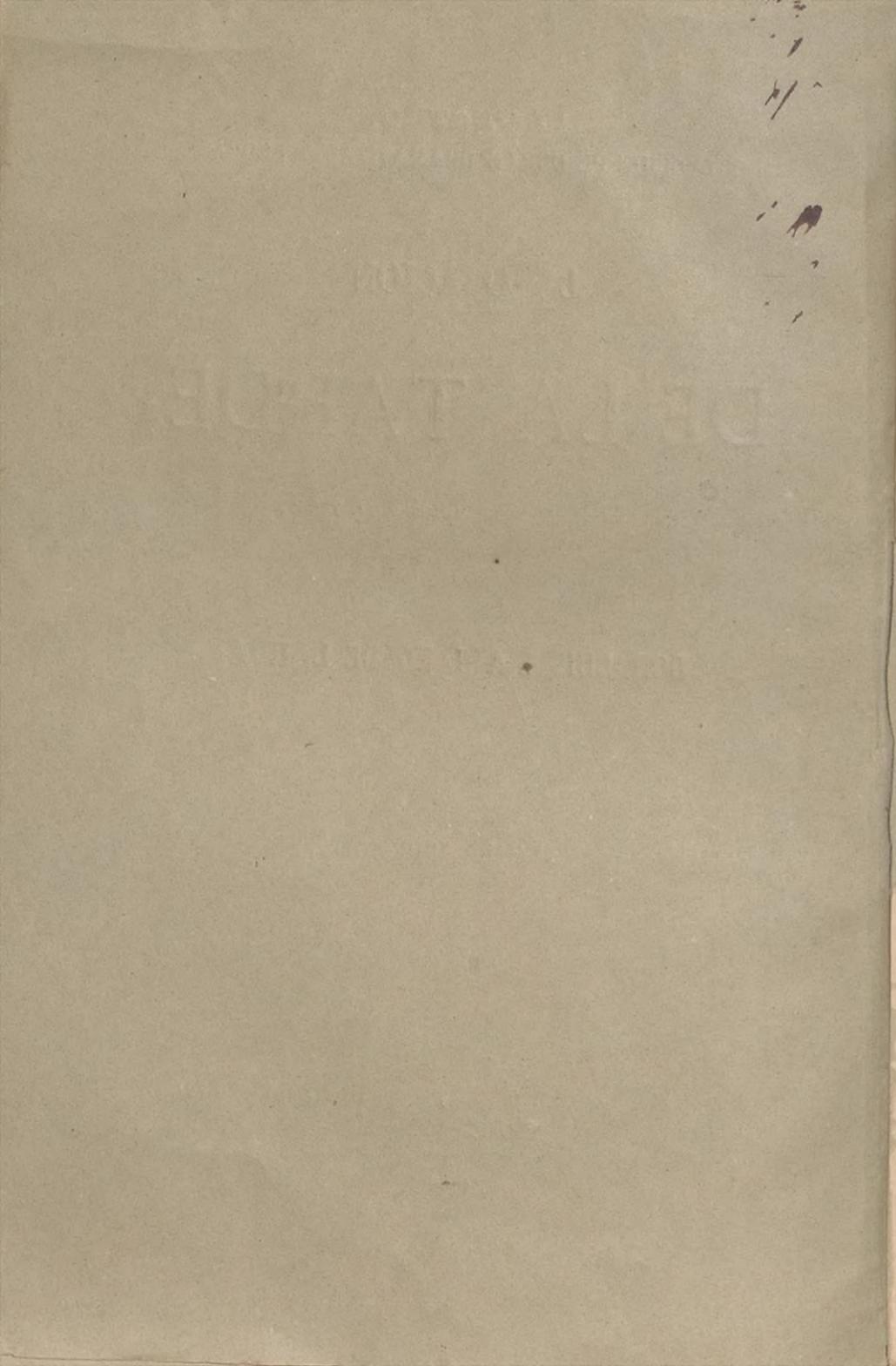
MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.-40.-2.º

—
1877.

L47 - 6979



LA ORACION DE LA TARDE.

SÉTIMA EDICION.

José Rodríguez

OBRAS DRAMÁTICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.	Batalla de Reinas.	Dios sobre todo.
El toro y el tigre.	El amor y el interés. (3. ^a edición.)	El hombre libre.
Quien piensa mal, mal acierta.	La planta exótica. (2. ^a edición.)	La primera piedra.
Pedro el marino.	La paloma y los halcones.	Estudio del natural (2. ^a edición.)
El cuello de una camisa.	El rey del mundo.	La cosecha. (2. ^a edición.)
En palacio y en la calle.	La oración de la tarde. (6. ^a edición.)	En brazos de la muerte.
Las tres noblezas.	Los lazos de la familia. (4. ^a edición.)	¡Bienaventurados los que lloran! (4. ^a edición.)
Quien á cuchillo mata.	Rico de amor.	El bien perdido. (2. ^a edición.)
Á caza de cuervos.	Barómetro conyugal (2).	Oros, copas, espadas y bastos. (4. ^a edición.)
Una nube de verano. (3. ^a edición.)	La lápida mortuoria.	El ángel de la muerte.
Lanuza.	La bolsa y el bolsillo.	El Becerro de oro.
Entre todas las mujeres (1)	El Marqués y el Marquésito.	Los hijos de Adán.
Sapos y culebras (1).	Los infieles (5). (5. ^a edición.)	El árbol del Paraíso.
Una Virgen de Murillo (1).	La agonía. 5. ^a edición.	El Caballero de Gracia.
El beso de Judas.	Flores y perlas. (4. ^a edición.)	La tarde de Noche-buena.
Una lágrima y un beso.		¡Una lágrima!
Juicios de Dios.		Los corazones de oro.
La flor del valle. (2. ^a edición.)		Tres pies al gato...
La pluma y la espada.		

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)	Punto y aparte. M. de Rogel.	(M. de Rogel é Inzenza.) (5).
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)	Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2. ^a edición.)	Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (4. ^a edición.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)	Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)	La creación refundida. (M. de Rogel.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)	La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)	El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (6. ^a edición.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (5. ^a edición.)	Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)	La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2. ^a edición.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (5. ^a edición.)	Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)	Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).	Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)	Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Una revancha. (M. de Campo.)	La prima-donna. (M. de zarzuelas.)	Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
La insula Barataria. (M. de Arrieta.)	El atrevido en la corte. (M. de Caballero.)	Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
	El conde y el condenado.	

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

- Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
 La gota de tinta. (Segunda edición.) Novela en dos tomos.
 El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con Don Ramon de Navarrete. (5) Id. con D. Antonio Garcia Gutiérrez.

LA ORACION DE LA TARDE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado con extraordinario éxito por primera vez en el Teatro del
CIRCO el 25 de Noviembre de 1858.

SÉTIMA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA.....	D. ^a AMALIA GUTIERREZ.
MARGARITA (14 años.) ¹	D. ^a JOSEFA HIJOSA.
BRÍGIDA.....	D. ^a FELIPA ORGAZ.
DON DIEGO DE MENDOZA.....	D. JULIAN ROMEA.
DON GONZALO DE LUNA.....	D. VICTORINO TAMAYO.
GASPAR.....	D. PEDRO DE SOBRADO.
VILLADIEGO.....	D. RICARDO MORALES.
UN ALCALDE.....	D. »
MOZO 1. ^o	D. »
IDEM 2. ^o	D. »
IDEM 3. ^o	D. »

Mozas y mozos del pueblo.

La accion pasa en *Robledo de Chavela*, á seis leguas de Madrid, el año de 1718.

1 En los teatros de provincia donde este papel no pueda desempeñarle una niña de aquella edad, podrá hacerle la dama jóven, variando en este caso en TRECE AÑOS todas las citas de fechas en que se dice DIEZ.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Rec. o fol. 494 lib. 26

DEDICATORIA DE LA PRIMERA EDICION.

A mi hijo.

Ignoro, vida mia, el éxito que tendrá este drama, uno de los que más he pensado y sentido; pero casi me atrevo á esperar que será bueno, llevando al frente de sus versos la sonrisa de un ángel. En él se enaltece el *perdon de las injurias*, y su intencion religiosa disculpará sin duda sus errores literarios. Tu padre que, como tu ilustre abuelo, el inolvidable Fígaro, no ha tenido pocas que perdonar en su corta carrera de escritor público, sólo quiere que cuando puedas leerle, encierres en tu alma cristiana el tesoro de la religion, fuente de todo bien; y ¡ojalá cuando cruces el áspero camino de la vida, y tu padre no te preste ya en el mundo la sombra de su cariño, te acuerdes de rezar siempre por su memoria *la oracion de la tarde!*

ACTO PRIMERO.

Casa pobre. Muebles antiguos y modestos. Dos puertas laterales, una en el foro, que da á la calle del pueblo, y á cuyos dos lados hay dos ventanas bajas con rejas que dan al exterior: éstas y aquella con hojas grandes que cierran por dentro. Á la derecha del actor un armario escritorio con cortinas y debajo una mesa grande de nogal: á la izquierda el hogar, y cerca de él un sillón grande de baqueta y varios taburetes. Algunos cuadros en las paredes.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, GASPAS, que aparece mirando á la puerta de la izquierda.

GASP. ¡Brígida! ¡Brígida! ¡Vamos! (Llamando.)
Cuando digo que no vale
esta mujer para nada...
¡Brígida!

BRIG. ¡Qué el diablo cargue (Saliendo.)
con vos y con vuestras voces!
¡No he dicho que voy?

GASP. (Con mal humor.) ¡Y si hace
dos horas que estoy llamando!

BRIG. ¡Y si hace tres que es en balde!
¡No he dicho que estoy vistiendo
á la rapaza?

- GASP. ¿Y no sabe
que son las ocho y que cantan
las vísperas esta tarde?
- BRIG. ¿Qué más?
- GASP. ¿Qué mañana es
la fiesta de Robledo?
- BRIG. ¡Dá!e! (Impaciente.)
- GASP. ¿Y todo el pueblo en la iglesia
estará ya?...
- BRIG. ¡Pues que aguarde!
Yo no puedo con la carga
que dan todos en echarme,
ni tengo manos que sobren
ni quehaceres que me falten.
Yo he de cuidar de la casa,
yo he de vestirme y calzarme...
acompañar á la niña
cuando entra y cuando sale...
yo he de hacer el desayuno...
y la comida y... ¡el diantre
que haga todo lo que hago
con sesenta navidades!
- GASP. ¡Y á qué viene ahora esa sarta
de reconvenciones!
- BRIG. Nadie
me ayuda y Brígida siempre
ha de estar en todas partes.
Mi señor don Diego á caza
ó en el monte paseándose,
siempre solo, siempre triste,
siempre sin querer cuidarse
de irme aliviando de un peso
que es, para mi edad, muy grande.
Vos, digno criado suyo,
siempre pidiéndome parches
para esa herida, más vieja
que su tos y sus achaques.
La huérfana, que debía
con más justicia ayudarme,
siquiera por lo que come
sin que sude y lo gane,
ó está regando sus tiestos,

ó se está llorando á mares,
ó sentada cuando hay luna
en la reja ó en la calle,
esperando alguna cosa
que ha de venir por el aire,
y que según lo que tarda
justo es que ya no la aguarde.

GASP. También es Brígida injusta
con esa niña... (Con sentimiento.)

BRIG. Pues ¿qué hace?

GASP. Ser desgraciada. (Con gravedad.)

BRIG. Ese oficio

no dió de comer á nadie;
y puesto que á ella por serlo
se la da aquí un hospedaje,
razón es que por lo mismo
con buena cara le pague.

GASP. Y en diez años que aquí vive
con nosotros, vive mártir.

Don Diego sólo con ella
tiene endiablado carácter:
vos... buena y caritativa
con el primer miserable,
sólo con ella sois dura,
exigente é intratable!...

La misma niña...

BRIG. (Interrumpiéndola.) ¡Esa es otra!

¿Me deja acaso un instante?

Ya la peino... ya la visto...

ya la... ¡eso sí! tiene un ángel
para mí, que... ¡ella es muy mala...

pero su gracia y su... ¡vale

más dinero!... así con ella

está tan chocho su padre!

Me hace rabiar... pero...

MARG. (Saliendo por la izquierda, con una trenza caída y
la otra puesta.)

¡Brígida!

¿y esa trenza?... (Con calma)

BRIG. ¡Ay! ¡al instante!...

(Corre á ella y se arrodilla para acabar de peinársela,
lo que hace mientras sigue la escena.)

ESCENA II.

MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAS.

- BRIG. ¡Gaspar la culpa ha tenido!...
- GASP. Te juro que... (Disculpándose.)
- MARG. ¿Y señor padre?...
- GASP. Salió temprano...
- MARG. ¿Y sin verme?...
- GASP. ¡Él?... no quiso despertarte;
pero entró en tu cuarto y...
- MARG. (Sonriendo con malicia.) ¡Sí!
¡que no le ví yo!...
- BRIG. (Levantándose.) ¡Cómo!...
- MARG. (Bajando al proscenio.) Antes
de entrar, sentí sus pisadas;
y en castigo de que hace
tres dias que apenas quiere
que le miren ni le hablen,
me hice la dormida!
- GASP. ¡Oiga!
- MARG. Yo dejé que se acercase,
y con el rabo del ojo
ví que con triste semblante
me estaba mirando. Luégo
fué bajándose... bajándose...
y dándome un beso, envuelto
entre dos suspiros grandes,
se fué otra vez de puntillas
sin que lo sintiera nadie!
- GASP. Pero y al sentir su beso
¿por qué tú no le llamaste?...
- MARG. ¡Porque aquella cara triste
me daba miedo!—¿Qué haces, (Á Brigida.)
que me tiras!...
- BRIG. ¡Ya está el lazo!
- (Acabando de peinarla.)
- GASP. ¡Vamos á prisa, que es tarde,
y el sermon habrá empezado!
- MARG. ¿Estoy bien?...
- BRIG. ¡Oh, como un ángel!

- ¡Vamos! (Dirigiéndose al foro.)
MARG. ¡Y María? (Deteniéndola.)
BRIG. ¡Toma!
¡estará donde Dios sabe!...
GASP. Tal vez ya en la iglesia...
BRIG. No,
la ví hace poco sentarse
en el cenador del huerto!
MARG. ¡Yo no voy sin ella!
GASP. ¡Padre
puede que te esté esperando...
MARG. Yo no voy sin ella... (Insistiendo.)
BRIG. Es fácil
que venir no quiera...
MARG. (Mirando á la derecha.) ¡Mírala!
(Corriendo á su encuentro con alegría.)
¡María!
MARIA. (Abrazándola.) ¡Hija! ¡Dios os guarde!
(Á Brígida y Gaspar, que bajan otra vez.)

ESCENA III.

MARÍA, MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAS.

- MARG. ¡Estás mala? (Con interés.)
MARIA. ¡No!
MARG. ¡No vienes
á la funcion de esta tarde?
MARIA. No pensaba... (Distraída.)
MARG. Yo no quiero
ir sin tí!... ¡Brígida!... ¡parte!...
BRIG. (De mal humor)
¡Cómo?... ¡no vienes conmigo?
MARG. Ni contigo ni con nadie,
mas que con ella. ¡Gaspar!
acompañala!...
GASP. ¡Al instante!...
BRIG. ¡No señor!... don Diego manda
que yo siempre te acompañe,
y no me muevo. (De mal humor.)
MARG. (Con dulzura.) Nosotras
vamos corriendo...

- BRIG. ¡No le hace!
- GASP. ¡Pero si quieren ir juntas!...
- BRIG. ¡Sin nosotros... no me place!
Yo represento aquí el amo,
y no cedo.
- MARIA. Vamos... (Dirigiéndose al foro.)
- MARG. (Á María.) ¡Cállese!...
(Se acerca á Brígida, y la acaricia con zalamería.)
¡Viejecita!... ¿no conoces
que nos estorbas?...
- BRIG. (Enojada.) ¿Qué?...
- MARG. ¡Márchate!
- BRIG. ¡Nunca!
- MARG. ¿Si tú eres muy buena,
por qué inflexible te haces?...
Vete. Tenemos que hablar
de cosas muy importantes
que tú no debes oír...
- BRIG. Sí... pero... (Resistiéndose.)
- MARG. Tú vas delante
y nos escoges dos sitios
á tu lado...
- BRIG. Pero...
- MARG. (Impacientándose.) ¡Dále!
si nos vamos al momento...
- BRIG. Ni por esas... (Decidida.)
- MARG. (Amenazándola.) ¡Ve lo que haces!
ó nos dejas aquí solas,
ó esta noche al acostarme
no hay beso!...
- BRIG. (Con temor.) Si así te pones...
- MARG. ¡Si te vas... otro al marcharte!...
- BRIG. ¿Hará de mí lo que quiera
el arrapiezo!
(Se dirige á ella para darle un beso; pero Margari-
rita la conduce á la puerta del foro.)
- MARG. ¡En la calle!
- BRIG. ¡Gaspar! qué haces ahí parado,
si no quiere que haya nadie?...
Hacedla venir al punto. (Á María.)
- MARIA. Bien.
- MARG. (Á Brígida, dándola un beso, en el dintel de la

puerta del foro.)

¡Reza por mí diez salves!

(Brígida y Gaspar bajan por el foro izquierda, cerrando la puerta.)

ESCENA IV.

MARÍA, MARGARITA. Momento de pausa, durante el cual, María distraída completamente, baja la cabeza y Margarita la contempla.

- MARG. María, ya de hoy no pasa;
ser buena me prometiste,
y cada día más triste
te miran todos en casa.
Quién causa te pudo dar
para ahogar tus alegrías?
Esto te exijo hace días,
y hoy me lo vas á contar.
- MARIA. ¡Niña! ¡tú quieres leer (Con tristeza.)
en mi triste porvenir!
¡ni te lo puedo decir
ni lo puedes entender!
- MARG. Once años tengo... (Con gravedad.)
- MARIA. El dolor
sólo, del dolor es juez.
- MARG. Si no entiendo de una vez,
tú me lo explicas mejor.
- MARIA. Nada tengo... mi tristeza
es de mi carácter hija...
- MARG. ¡Hija que tanto te aflija (Con malicia.)
mal para su madre empieza!
- MARIA. Margarita... nada tengo...
- MARG. Puedes callar lo que sientas,
María; pero á que mientas,
francamente, no me avengo.
Nada á mí me se escapó, (En voz baja.)
y estoy dada á Belcebú...
yo soy más niña que tú...
tú más cándida que yo.
- MARIA. ¡Maliciosa tan temprano!
- MARG. ¿Aún no te das por vencida?

¡Voy á pintarte tu vida
á ver si malicio en vano!
Al punto que te despiertas
y yo á escondidas te miro...
lo primero es un suspiro
que casi á exhalar no aciertas.
Te levantas mientras tanto
y vas con Brígida á misa...
tu oracion no empieza en risa...
pero siempre acaba en llanto!
Vuelves con los ojos rojos
y que yo los miro ignoras...
Cuanto más pasan las horas
más se enrojecen tus ojos.
Vas al huerto; de sus plantas
y de sus encantos gustas;
si álguien te llama, te asustas,
y si te miran te espantas.
Te ven, si sales quizás,
por el monte y sus veredas;
si hay fiesta, en casa te quedas,
si hay baile tú nunca vas.
Por la noche te colocas
cabe la luz á bordar,
los ojos sin levantar
de lós estambres que tocas.
Y... no sé si con el frio...
sobre una flor ya bordada (Con intencion.)
alguna lágrima helada
va á servirla de rocío... (Movimiento de María.)
Yo lo he visto... mi mirada
nunca de inexacta peca...
la lágrima estaba seca...
la flor estaba manchada.
Dan las ánimas, y padre,
segun su costumbre santa,
de su sillón se levanta
para rezar por mi madre.
Concluida la oracion
nos bendice hasta otro día...
tú lloras siempre, María,
al darnos su bendicion.

- Tu sueño es harto intranquilo,
y alguna vez me despierta...
Si no es la pintura cierta
de tu vida... dilo... ¡dilo!
- MARIA. Margarita; son anteojos
que casi me hacen agravios...
- MARG. Cuando suspiran tus labios
los están viendo mis ojos.
- MARIA. Aunque eso en mi vida halles,
no son justos tus rigores...
- MARG. ¡No exijo yo que no llores,
sino que no me lo calles!...
- MARIA. Margarita.. una pregunta...
y respóndela con calma...
¿tú tienes madre?...
- MARG. (Con tristeza.) ¡Mal alma!
¿No sabeis bien que es difunta?
- MARIA. ¿Tienes padre?
- MARG. Si; ¿Qué esperas
con preguntas tan impías?...
- MARIA. Dí, Margarita, ¿qué harías
si tampoco le tuvieras?...
- MARG. Oh!.. (Con pesar.)
- MARIA. Tú, que madre has tenido
y padre tienes... repara
cuando esté triste mi cara
que no los he conocido.
Que si por mí procuraron
los que huérfana me vieron
prestada leche me dieron,
prestado amor me otorgaron.
- MARG. Perdona á mi irreflexion
que te haya afligido así...
pero ¿no tienes aquí
amparo, amor, proteccion?...
Mi padre ¿no lo es hoy tuyo
y con tu afecto se ufana?...
¿No te tengo por hermana
yo, que en tu tristeza arguyo?...
Pues ¿por qué no halla consuelo,
y en su malestar se aferra,
la que ve amor en la tierra

- que plugo negarle al cielo?..
- MARIA. ¿Y quién te dice que yo
soy á vuestro amor ingrata!
- MARG. En tu tristeza insensata!
¿no lo estás diciendo?...
- MARIA. No;
tú no puedes comprender
la razon en que me fundo;
tú no sabes que en el mundo
hay mil modos de querer.
Puede haber una palabra
que en un hijo no haga mella;
mas el huérfano ve en ella
lo que su desdicha labra.
La voz de un padre concilia
la pesadumbre mayor;
mas la voz de un bienhechor
no es la voz de la familia.
- MARG. Y si el cariño de aquel
que niña te recogió
y de tu vida cuidó
no excita amor para él,
¿por qué entristece tu pecho
y en él hace mayor daño
el cariño de un extraño (Con intencion.)
que nada en tu amparo ha hecho?
- MARIA. ¿Qué?... (Sorprendida.)
- MARG. ¿Piensas que yo no miro? (Con malicia.)
¿Por qué tus miradas van
en pos de ese capitan,
que sólo te dió un suspiro?...
¿Por qué le siguen tus ojos
cuando le ves en la villa,
y el color de tu mejilla
se esconde en tus labios rojos?
¿Por qué si jamás en tí
sembró afecto y alegría,
por qué si le viste un dia
le quieres ya más que á mí?...
- MARIA. Margarita... (Turbada.)
- MARG. ¿No lo ves?...
¿por qué tan turbada estás?

- (Movimiento de María, que intenta irse.)
¿Adónde impaciente vas
si no te ayudan los piés?...
MARIA. Locura tuya... (Con sonrisa forzada.)
MARG. ¡Oh! ¡que no!
MARIA. Aprension tuya...
MARG. ¡Tampoco!
MARIA. Pues yo tu cariño invoco... (Suplicante.)
no hablemos más...
MARG. Se acabó.
¿Confiesas?...
MARIA. Te he suplicado
que estés muda...
MARG. Ya lo estoy...
MARIA. Lo que me preguntas hoy
ni yo me lo he preguntado.
MARG. Basta... ¿al cabo te enojaste?...
MARIA. No.
MARG. Pruébamelo con un beso...
MARIA. ¡Tómale!... (Se le da.)
MARG. Vamos... ¿qué es eso?...
(Con malicia: María la mira suplicante.)
nada me digas: triunfaste.
(De pronto, y como si le ocurriese una idea.)
Ay, que están en la función!
Verásme sufrir la riña
cual si no fuera una niña...
¿Adónde estará el sermón?
MARIA. Vamos. (Dirigiéndose al foro.)
MARG. Y si es que no encontramos
al capitán... no suspires...
para que tú no le mires
yo te haré una seña, ¿estamos?
(Salen las dos por el foro izquierda. Apenas se las
ve pasar por delante de la reja, aparecen en la ca-
lle, frente á la puerta, D. Gonzalo y Villadiego,
entrando despues en la escena.)

ESCENA V.

D. GONZALO, VILLADIEGO.

- VILL. Salen y á la iglesia van.
GONZ. Déjame mirarla ahora...
¡Qué bella... qué encantadora!...
(Entra en la casa seguido de Villadiego.)
VILL. Despachemos, capitán!...
GONZ. Nadie hay en la casa...
VILL. Sí,
pero venir puede gente,
que está el dueño de ella ausente...
GONZ. ¡Y pensar que vive aquí?...
¡que habrá mil veces tocado
cada mueble!... que á esas rejas
no quiso escuchar las quejas
de mi pecho enamorado...
¡No adviertes que hace un momento
aquí se hallaba presente!...
¡no notas en el ambiente
el aroma de su aliento?
VILL. Solo noto por mi mal
que pueden pasar y vernos,
y que es mejor no exponernos
á algun encuentro fatal...
GONZ. Ella siempre sola viene,
y hoy sin remedio he de hablarla...
VILL. ¡Id á la calle á esperarla,
que eso es lo que más conviene!...
GONZ. ¡No, que hará lo que otros días!...
con Margarita se va
y sola vuelve...
VILL. ¡Quizá!
¡eso es lo que tú querías!
mas si otras veces lo hizo
¡por qué tú aquí no te entraste
y como hoy la esperaste
y tu afán se satisfizo?
GONZ. Porque Brígida ó Gaspar
estaban entonces dentro.

- VILL. Teme otro peor encuentro
si da don Diego en llegar.
- GONZ. Ella esta carta ha de ver,
y en su cuarto... (Dirigiéndose á la izquierda.)
- VILL. ¡Empresa vana!...
tambien es el de su hermana
y vas á echarlo á perder...
- GONZ. ¿Dónde entónce?... (Buscando por la escena.)
- VILL. Lo mejor
es no andar con papelitos...
más secreto estará á gritos
que en papeles ese amor...
- GONZ. Este será su bordado...
(Mirando un cesto de labor que hay en la mesa.)
- VILL. Eso es una conjetura...
- GONZ. Aquí dentro... (Coloca dentro la carta.)
- VILL. ¡Qué locura
pensar que está bien guardado!
- GONZ. ¿Fío en Dios!
- VILL. ¿Á qué has venido?
¿Está hecho ya?... ¡Vamos luego!
- GONZ. Déjame aquí, Villadiego...
- VILL. ¡Toma las de mi apellido!...
- GONZ. ¡No, déjame aquí mirar
los objetos que ella mira!...
¡el aire que ella respira
déjame aquí respirar!
- VILL. ¡Tanto es tu amor que darás
en los Orates por loco!
- GONZ. ¡Si me ama María un poco,
qué me importa lo demas!...
- VILL. Vamos, señor...
- GONZ. ¡Dices bien!
(Dirigiéndose al foro.)
tal vez llegue y es distinto...
- VILL. ¡Ella! lo que es el instinto...
(Llegando á la puerta, y mirando á la izquierda.)
reflexiona...
- GONZ. Calla y ven.
(Se esconden detrás de la puerta, y apenas entra
María, salen á la calle.)

ESCENA VI.

MARÍA.

¡Oh! ni al salir ni al volver...
se habrá cansado quizás...
si no he de mirarle más...
¡Dios no lo puede querer!
Él es mi última alegría
aunque lo mire de lejos!
¡Sin él no tiene reflejos
la luz ni encantos el día!
¡Oh! ¡que no me llegue á hablar!
que no me pida cariño...
mi corazón es tan niño
que no le podrá engañar!...

(D. Gonzalo habrá entrado dos versos ántes y á volver ahora María la cabeza se halla frente á frente con él, y retrocede asustada.)

ESCENA VII.

MARÍA, D. GONZALO.

GONZ. ¡María!... (Con pasión.)
MARIA. ¡Caballero...
dejadme!...
GONZ. Hablaros quiero;
mirad que en mi amargura
tan sólo esta ventura
inesperada, célica,
ambicionar soñé!!...
MARIA. Mirad... (Turbaða.)
GONZ. ¡Mirad mi anhelo;
dejad que llame al cielo,
que á la escondida ostrella
dirija su querella
el miserable náufrago
que en alta mar se ve!
MARIA. ¡Favor, Dios mio!
GONZ. Os juro

que mi cariño es puro,
que es mi pasión sincera,
como el rubor que altera
esas mejillas candidas
por las que muero yo!
Pues tanto he procurado
estar á vuestro lado,
si tanta dicha cobro,
si un punto veros logro,
¿quereis que calle tímido
mis pensamientos?

MARIA. (Turbada y á pesar suyo.) ¡No!

GONZ. Dos meses há, María,
que te ama el alma mía,
dos meses que mis quejas
se estrellan en tus rejas,
dos meses que mis lágrimas
vertiendo estoy por tí.
Responde al desvarío
que siente el pecho mio;
devuélveme la calma
que al verte perdió el alma,
ó por lo ménos déjame
morir de amor aquí.

MARIA. ¿Qué frases nunca oidas,
pensadas ni sentidas,
que tuve por agravios,
me dicen vuestros labios,
que no rechaza el pérfido
cobarde corazón? (Con expansión.)
Dejadme, caballero;
oiros más no quiero;
que á vuestra voz parece
que mi alma se estremece,
que aliento al pecho fáltale...
¿que muere la razón!

GONZ. Mi amor...

MARIA. Sé que es el mundo
abismo tan profundo,
tan fácil el camino
de su hondo torbellino,
que rueda en él sin límites

aquel que un paso da...
 Que aquel que un punto cede
 volver al bien no puede;
 que el que una vez vacila
 ve ciega su pupila,
 que estoy, señor, oyéndoos
 y yo... ¡vacilo ya!

Por qué mi pecho late,
 por qué mi fe combate,
 por qué vuestra memoria
 alcanza la victoria
 de que mi mente cándida
 no piense sino en vos?

GONZ.

¡Porque es amor consuelo
 que emana desde el cielo,
 porque es su lumbrera pura
 que alumbra la ventura
 la irrecusable dádiva
 para creer en Dios!
 La tímida ovejuela,
 la cándida gacela,
 la tigre vengativa, (Con creciente entusiasmo.)
 cuanto en el mundo viva
 y tenga aliento y ser,
 de amor al santo ruego,
 brotar verá su fuego,
 que amor impuso leyes
 á esclavos como á reyes,
 naciendo de las lágrimas
 de la primer mujer.

MARIA.

¡Adios! (Suplicándole que se vaya.)

GONZ.

Quizá imprudente

dejé que el torrente
 de mi cariño inmenso...

MARIA.

Sólo en el riesgo pienso...
 harto os he dicho...

GONZ.

¡Mírame!...

MARIA.

¡Salid, que es tarde ya!

GONZ.

Si llega á vuestra reja,
 ¿querreis oír la queja
 de aquel que sin ventura...
 eterno amor os jura?

- MARIA. Mi falta es ser incrédula...
GONZ. ¿Veros podré?...
MARIA. ¡Quizá!
Soy huérfana...
GONZ. ¡Yo honrado!
MARIA. ¡Soy pobre!
GONZ. Yo soldado.
MARIA. Oscuro mi linaje.
GONZ. No hareis al mio ultraje...
MARIA. ¡Mi amor primero entrégoos!
GONZ. ¡El último tendrás!
Me amais...
MARIA. (Turbada.) ¡Tal me parece!
GONZ. Mi amor bien lo merece...
MARIA. ¿Sabreis amarme mucho?...
GONZ. ¿Amaros?... (Con locura.)
MARIA. Ruido escucho. (Aterrada.)
¡Saldré á las diez!
GONZ. Espérote.
MARIA. ¿Me olvidareis? (Rápido y en voz baja.)
GONZ. (Con fuego.) ¡Jamás!
(Sale precipitadamente por el foro derecha.)

ESCENA VIII.

MARIA.

¡Ah! ¡gracias, gracias, Señor!
al fin, al fin soy amada,
al fin una mano amiga
podrá ya enjugar mis lágrimas.
¡Ya no estoy sola en el mundo
como hace un instante estaba!
Si no es su pasion engaño,
si son ciertas sus palabras,
fálteme la luz del dia
si la de su amor me falta!
¡Tú, Madre de Dios, la única
que conocí en mi desgracia,
vierte un rayo de ventura
en mi vida solitaria
que aliento preste á mi espíritu,

que fecundice mi alma,
que enjague mis tristes párpados...
ó me los cierre mañana!

ESCENA IX.

MARÍA. D. DIEGO, por el foro izquierda. Entra, y apenas ve á María, deja de ver en su rostro una expresion de disgusto. María le ve y le responde con una amabilidad temerosa.

- DIEGO. ¡Dios te guarde!
MARIA. Y él á vos... (Turbada.)
¿Venís cansado? (Al ver que se sienta.)
DIEGO. ¡No tal!
(¡Siempre su voz me hace mal!)
¿Sola?... (Sin mirarla.)
MARIA. Sí.
DIEGO. (¡Solos los dos!...)
¿Margarita?...
MARIA. Con Gaspar
y Brígida en la funcion.
DIEGO. ¿Tú no fuiste?...
MARIA. Oí el sermon
y volví... no han de tardar.
DIEGO. (¡Eterna lucha! Su acento
atrae á veces el mio,
y otras le rechaza impío
con ímpetu violento...
Dios las facciones le dió
de la mujer que adoré,
y en quien mi honra cifré
y que mi honra ultrajó!)
MARIA. (¡Siempre ese desvío eterno
que hace cruel su beneficio!)
DIEGO. (¡Siempre sin ver un indicio
que trueque en gloria este infierno!
¡Oh! basta ya de agonía,
que mi injusticia me espanta,
y el cielo su voz levanta
contra su crueldad!...) María...
MARIA. Señor... (Con timidez.)
DIEGO. (¡Esa voz!...) (Con disgusto.)

Tiempo hace
que hablar quería contigo,
no el protector, el amigo...
¿Plácete el cambio?

MARIA. ¡Me place!

DIEGO. Injusto contigo fui,
tal vez sin razon ninguna...

MARIA. Yo siempre, por mi fortuna,
generoso y noble os ví.
Há doce años que murieron
los que mi niñez cuidaron,
los que por mí procuraron
y de padres me sirvieron.
Su afecto era tan profundo
y yo los amé de suerte,
que su inesperada muerte
me dejó sola en el mundo.

Entónces vinisteis vos
al pueblo con Margarita,
y con piedad infinita
me recogisteis los dos.
Si por vosotros aliento
libre de mi suerte impia,
y si me dais cada dia
ella amor y vos sustento,
¿cómo no veros, señor,
con aliento agradecido,
si por vos he conocido
la gratitud y el amor?

DIEGO. ¿Recuerdas... si en tu niñez (Con intencion)
te vió algun dia tu padre?

MARIA. Nunca... (Con tristeza.)

DIEGO. ¿No viste á tu madre
jamás?...

MARIA. ¡Ni una sola vez! (Con tristeza.)

Siempre viví con aquellos
que pobremente vivían
y por hija me tenían...

DIEGO. ¡Infeliz!... reza por ellos!
¡Ellos no hicieron correr
por tus mejillas el llanto!

¡No merecen otro tanto (Con amargura.)

los que te dieron el ser!
¡Ese es del crimen el fruto!
Por un hora de placer
sembrar luégo por do quier
lágrimas, deshonra y luto!
¡Vosotros sin compasion
la visteis llorar de hinojos...
las lágrimas de esos ojos
será vuestra maldicion!
Alza la frente, María,
y á mi insensatez perdona,
si no arranqué la corona
de mártir que en tí veía.
No me comprendes... lo sé...
ni me comprendas jamás...
Desde hoy en mi amor tendrás
todo el que hasta hoy te negué.
Basta de amargas ideas
que hacen mi vida enojosa...
tú mereces ser dichosa
y yo quiero que lo seas.

MARIA. Yo lo soy al ver en vos
este cambio inesperado...

DIEGO. (¡Hasta hoy que la he perdonado
no me ha perdonado Dios!)
¡Ya no soy tu bienhechor,
soy sosten de tu virtud...
yo no quiero gratitud...
yo necesito tu amor!

MARIA. ¡Ah, señor... (Conmovida.)

DIEGO. ¡Ven á mi lado!...
desde hoy ya no más enojos.
Ven y enjuga aquí tus ojos, (Abrazándola.)
infeliz, que harto has llorado.
¡Déte mi pecho consuelo...
que nada desde hoy te aflija...
serás mi hija... mi hija...
y que me bendiga el cielo!
¡Mi amor será tan profundo
como lo fué mi desvío!

MARIA. ¡Oh, gracias, gracias, Dios mio!
(Con expansiva alegría y reconocimiento.)

DIEGO. ¡Ya no estás sola en el mundo!

ESCENA X.

MARÍA, D. DIEGO, MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAS, que entran por el foro izquierda.

BRIG. ¡No corras!
(Á Margarita, que entra corriendo y se dirige á Don Diego.)

MARG. Si es que está padre...

DIEGO. ¡Margarita!...

MARG. (Mirándole.) ¡Tú has llorado!...

DIEGO. No tal... aprensiones tuyas...

MARG. Y ella también... ¡es extraño!
(Mirando á los dos alternativamente.)

DIEGO. ¿De dónde vienes?...

MARG. De ver
á la Virgen.

DIEGO. ¿Y has rezado?

MARG. Por tí siempre.

DIEGO. ¡Eres muy buena!

MARG. Muchas gracias. (¿Y él?)

(Ap. con rapidez á María.)

MARIA. (No.)

BRIG. Vamos.

(Á Gaspar; ambos se dirigen á la puerta izquierda, y salen por ella.)

ESCENA XI.

MARÍA, MARGARITA, D. DIEGO.

MARG. Señor don Diego Mendoza,
quiere ucé... sin que riñamos,
decirme ¿por qué nos deja
tanto tiempo solitarios?

DIEGO. ¿Curiosidad ó cariño? (Sonriendo.)

MARG. Curiosidad... (Con malicia.) ¡Vamos claros!...

¿Tan mal está en esta casa,
que sale de ella temprano
y no vuelve hasta la noche?

¡Tanto le aman los extraños,
que por ellos á los suyos
deja á solas tanto rato?

(En este momento sale Brigida con una luz, que
coloca en la mesa; detrás sale Gaspar: María se
sienta al lado de la luz, y Brigida al otro extremo
de la mesa.)

DIEGO. ¡Ven aquí! (La sienta sobre sus rodillas.)

MARIA. No; una caricia

no es una respuesta: ¡al grano!

DIEGO. ¡He ido al monte!

MARIA. Pues el monte

tiene bien pocos encantos.

Chaparrros... zarzas... espinos

y culebras y lagartos...

aquí en casa, aunque haya biches,

al ménos no son tan raros!

¡Y mañana, que es la fiesta

del pueblo, y hay baile y pasos

de procesion... pensais iros

tambien?...

DIEGO. No, ya no me marcho...

BRIG. ¿No sabes, niña, que nunca

se pregunta á padre?...

DIEGO. Vamos,

no la riñas.

BRIG. Es preciso;

ó el dia ménos pensado

trastorna toda la casa.

MARG. Sí... pues los besos volaron

por hoy...

GASP. ¿Y mis espejuelos? (Buscando.)

BRIG. ¿Y yo qué sé?...

GASP. ¡Ah! se quedaron

anoche dentro del libro.

(Abre la Biblia, que estará sobre la mesa.)

¿Leemos?...

MARG. Aún es temprano,

y tengo que hablar con padre

en secreto...

BRIG. Renacuajo!

MARIA. Ah!

(Cayéndosele la carta de entre el bordado: Margarita la ve, y echándose al suelo la cubre con el pie rápidamente.)

DIEGO.

¿Qué?...

BRIG.

¿Qué es eso?...

MARG.

No es nada.

María, que se ha asustado
al ver una marcha; ¡yo
la eché!... ¡perdon! (Debajo!)

(Ap. á María. Alzando el pie y dejándola descubierta para que la coja.)

MARIA.

(Oh!) (Cogiéndola turbada.)

MARG.

(¡Cartita? ¡El capitán
no pierde el tiempo!) Volvamos
á nuestra conversacion,
señor padre!

DIEGO.

Aquí te aguardo.

(Vuelve Margarita á sentarse sobre las rodillas de su padre.)

MARG.

Sabeis lo que el señor cura
dijo en el sermon?

DIEGO.

¡Veamos!

MARG.

Cuando llame á vuestra puerta
(Bajando la voz y con intencion.)
un hombre necesitado,
no le deis una limosna
con ágrío gesto ó mal trato,
que la caridad ordena
consolar al desdichado,
y la caridad mal hecha
más que caridad es fausto!

DIEGO.

Dice bien el señor cura...

MARG.

¿No me comprendéis!... (Con intencion.)

DIEGO.

No alcanzo.

MARG.

El otro dia trajisteis (Marcadamente.)
para hacerme á mí un regalo,
un pobre palomo herido
que os hallásteis en el campo.
Toméle, y en vez de darle
agua y comida y dejarlo
curarse solo ó morirse,
le abrigué con mis dos manos,

le puse en la herida aceite,
le dí besos, le hice halagos,
no le dejé en cuatro días
sin calor y sin cuidados,
y ayer andaba ya solo,
alegre, contento y sano!
¿Hice bien?...

DIEGO. Muy bien hiciste!

MARG. ¿Y sabéis lo que he logrado?

DIEGO. No.

MARG. Que el pobre me conoce
de tal modo, que si paso
por el huerto, abre sus alas,
y dando vuelos y saltos,
y subiéndose en mi hombro
y dándome picotazos,
parece como que dice
¡muchas gracias! ¡me has curado!

DIEGO. Bien... ¿y qué? (Pausa.)

MARG. ¿Veis á María,
señor padre?...

DIEGO. Sí...

MARG. ¡Pensadlo!

(Se levanta y se dirige á la mesa, quitando á Gaspar el libro en que está leyendo.)

DIEGO. (Oh! la lección de esa niña
ha sido para mí un bálsamo!
¡El paso que yo dí ántes
la inocencia le ha aprobado!)

MARG. Trae el libro, que ya es hora. (Á Gaspar.)

¿Leo, padre? (Á D. Diego.)

BRIG. ¿En qué quedamos?

Tú pondrías la señal...

MARG. Aquí está!...

DIEGO. ¡Dios me ha inspirado!...

MARIA. (Oh! yo temo que adivinen
mi turbación. (Cuánto le amo!)

MARG. (Leyendo en voz alta.)

¹ «La justicia eterna caerá sobre los mal-

- »vados, y las iras del Dios de los justos des-
»plomarán la ciudad maldita...
»Y serán consumidos por los pecados de
sus padres y los suyos.
' »Hasta que paguen sus maldades y las
de sus mayores.»
- DIEGO. ¡Ah, no, Margarita... eso...
(Levantándose con la mayor agitacion.)
no puede ser...
- MARG. ¡Está claro!... (Leyendo.)
«Los pecados de los padres caerán sobro
»sus hijos hasta la cuarta generacion.
»Y los réprobos serán castigados por los
»pecados de sus padres y los suyos.»
- DIEGO. ¡Sí! ¡Dios lo dice!
- MARIA. ¡Qué es esto?
(Todos le miran, sin comprender su turbacion cre-
ciente.)
- DIEGO. ¡Lee, Margarita, otro párrafo!
No al Dios justo, sino al Dios
misericordioso llamo... (Con ausiedad.)
- MARG. (Abriendo la Biblia por otro lado, y leyendo en
voz alta como ántes.)
* «Si tu enemigo tiene hambre, dále de
»comer; si tiene sed, dále de beber, y Dios
»te recompensará.
* »Cuando os pusiereis á orar, si teneis
»algun odio contra alguno, perdonadle, pa-
»ra que vuestro Padre, que está en los cie-
»los, perdone tambien á vosotros vuestros
»pecados.»
- DIEGO. Sí...
- MARG. * «Habeis oido que se dijo: amarás á tu
»prójimo y aborrecerás á tu enemigo;» pero
»yo os digo: «amad á vuestros enemigos y
»haced bien á los que os aborrecen, y orad

1 Jeremías. V.

2 Proverbios, 21, cap. XXVI.

3 S. Márcos, 25.

4 S. Mateo, 42.

- »por los que os persiguen y calumnien.»
DIEGO. Eso es...
MARG. «Porque si vuestra alma está llena de
»rencores, por más oraciones que hicieréis
»no os salvaré.
»Si vuestro corazón está lleno de odio, por
más beneficios que hicieréis, no os amaré.
»Si vuestras manos están llenas de san-
»gre, por más oraciones que hicieréis, no
»os escucharé.»
DIEGO. ¡El Dios que perdona
es el Dios de los cristianos!
(En este momento se oye á lo lejos dar las ánimas
en la iglesia, de modo que no interrumpa la re-
presentacion.)
¡Las ánimas! (Todos se levantan.) Ven, María,
llámame desde hoy tu padre.
MARIA. ¡Ah! (Corriendo á sus brazos.)
MARG. ¡Bien! (Con alegría.)
DIEGO. ¡Reza por tu madre!...
y tu también, hija mía... (Á Margarita.)
de hoy más no estará conmigo
quien ve llorar y no llora;
porque al bendecirte ahora
hoy á tus padres bendigo.
(Las dos se arrodillan á sus dos lados, y las bendice.)
Que si fueron sus acciones
causa de tu acerbo llanto,
siempre el perdón es más santo
concedido entre oraciones.
¡Reza con fervor y anhelo
para que á su puerto arriben:
la oración de los que viven
abre á los muertos el cielo!
(Después de bendecirlas, ambas se levantan, y
mientras las abraza D. Diego con cariño, cae el
telón.)

1 Isaías, 15. cap. II.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una plaza á la salida de Robledo. Á la izquierda del espectador, en segundo término, la fachada de la iglesia con verja de hierro saliente y semicircular; desde la primera casa del mismo lado una tapia que se une á la iglesia y por la que se ven las copas de los árboles. Frente á la puerta de la iglesia y en el centro del teatro una cruz de piedra con su base de lo mismo. Á la derecha del público la fachada de una casa que hace esquina; prólongase en esta direccion el pueblo hasta el foro, en el que de frente al público, en último término, se ve la casa de D. Diego con puerta y rejas practicables. La escena está iluminada durante todo el acto por la luz de la luna, sin que por eso esté oscura ni un momento.)

ESCENA PRIMERA.

EL ALCALDE, MOZOS y MOZAS del pueblo.

Al levantarse el telon, aparecen todos formando varios grupos, viendo bailar á unas cuantas parejas y animándolas con sus voces de alegría. El Alcalde estará sentado al lado de una mesa, sobre la que habrá dos pellejos de vino y jarros de barro; algunos Mozos alumbran el cuadro con hachones. Terminado el baile se levantan los Mozos, y quedan las Mozas formando corro sentadas en el suelo á la derecha.

Mozo 1.º ¡Por la Virgen de Robledo!
¡nuestra señora del Olmo!
(Todos gritan.)

- ALC. ¡Bien por el brindis, muchachos!
(Levantándose.)
- Mozo 2.º ¿Quién le autoriza? (Y bebiendo en una jarra.)
- ALC. ¡Yo y todo!
que para eso soy Alcalde
hoy día quince de Agosto,
del año de gracia, mil
setecientos diez y ocho!
- Mozo 1.º Y siga el señor Alcalde,
¿por qué da ejemplo en el sorbo,
y no nos le da en las danzas
burlándose de nosotros?
- ALC. Porque dice una premática
que hoy han de obedecer tóos,
que el vino es para los viejos
y el baile para los mozos!
- Mozo 1.º ¿Y si queremos bailar
y beber á un tiempo?
- ALC. (Con énfasis.) ¡Monstruos!
¿no sabeis que el vino tapa
los sentidos y los ojos?
¿Cómo hacer pasos derechos
si está torció el meollo?
- Mozo 1.º Pero...
- ALC. ¡Basta, no se bebe! (Murmullos.)
- ¡Yo lo mando! (Dando con la vara en el suelo.)
- Mozo 2.º ¡Nadie el mosto
nos ha quitao hasta ahora!
- ALC. ¡Yo le quito y no soy tonto!
¡empues del último paso
se tomará el primer sorbo!
¡siga el baile!
- Todos. ¡Siga el baile!
- Mozo 1.º ¡(Por vida del viejo chocho!)
(Se repite el baile, y terminado entre gritos, el
Alcalde vuelve á levantarse y poniéndose al lado
de la mesa, dice:)
- ALC. ¡Primer pellejo de vino!
- Todos. ¡Victor el Alcalde!
- ALC. Mozos,
á beber cuanto se quiera,
pero aquel que sea más flojo

y le vea entre dos luces
antes de que den las ocho,
duerme la mona en la cárcel;
con que ojo al Cristo y mucho ojo!

(Cogen un pellejo entre cuatro, y los demas Mozos cogiendo las hachas y los jarros, se dirigen al foro izquierda. Villadiego sale por detrás de la iglesia y los detiene. El Alcalde se queda en el corro de las Mozas con un jarro de vino en cada mano, de los que bebe alternativamente.)

ESCENA II.

EL ALCALDE, MOZAS, MOZOS, VILLADIEGO.

- VILL. ¿Adónde va ese difunto?
MOZO 1.º ¿Le conoce?
VILL. Le conozco;
y como he sido su amigo
quisiera echarle un responso.
MOZO 1.º Forastero, aquí á los muertos
los enterramos nosotros.
VILL. Pero... (Tratando de coger un jarro.)
MOZO 1.º ¿Cuánto va que el jarro
en la cabeza le emboco? (Amenazándole.)
VILL. ¿Cómo se entiende?
MOZO 1.º ¡Á mí, chicos!...
VILL. ¡Villanos! (Echando mano á la espada.)
ALC. ¡Eh! ¿qué alboroto
ese ese?
VILL. ¡Señor Alcalde, (Bajando al proscenio.)
son ellos!
MOZOS. ¡Es él!
MOZO 3.º ¡Los Mozos
del pueblo no le conocen!
VILL. ¡Ni quiero!
MOZO 2.º ¡Á que le acogoto!
ALC. ¡Basta! ¿Quién eres?
VILL. Yo soy,
para que me sirvan todos,
Juan Villadiego, criado,
muy bien criado en Pancorvo,

- que naciendo para amo
se quedó en criado solo.
- ALC. Hable en romance y no en griego.
¿Eres forastero?
- VILL. Sólo.
- ALC. ¿Y qué quieres?
- VILL. ¡Beber vino,
como constante devoto
de la Virgen, cuya fiesta
celebra hoy el pueblo todo!
- ALC. Forastero, aquí no hay vino
para el que no vino al corro...
vino tarde, porque el vino
vino aquí para nosotros.
- MOZOS. ¡Victor el Alcalde!
- VILL. ¡Victor
la hospitalidad!
- MOZO 1.º (Cogiendo el pellejo.) ¡Al hombro!
(Se retiran todos con el Alcalde al foro izquierda.)
- VILL. Pues de aquel corro me echan,
¿me admiten en este corro? (Á las Mozas.)
- MOZA 1.ª ¡Aquí todo el mundo cabe!
- VILL. ¡Adentro pues!... (Entra en el corro.)
- MOZA 1.ª (Á otras, aparte.) ¡Es buen mozo!
- VILL. (Mirando á un lado y á otro.
¡Me parece que este vino
emborracha más que el otro!
- ALC. Vosotras teneis licencia (Á las Mozas.)
para murmurar del prójimo,
que en noches de jubileo
los pecados no son gordos.

ESCENA III.

MARÍA, MARGARITA, GASPAS, el ALCALDE, MOZOS y MOZAS.
Salen de la casa del foro María, Margarita y Gaspar, y ba-
jan al proscenio.

- GASP. ¡Dios guarde á la compañía!
- MOZO 2.º ¡Viejo Gaspar, aquí hay mosto!
- GASP. ¡No me gusta bautizado!
- MOZO 1.º Este es moro

- GASP. Vóime al moro.
(Se queda bebiendo con ellas en el foro izquierda.)
- MARG. Dios guarde al señor Alcalde
de malas rondas... (Saludando.)
- ALC. ¡Pimpollo!
Dios te guarde de las uñas
de mi alguacil...
- MARG. (Á las Mozas que se estrechan) ¡Haced corro!
- MOZA 1.^a Si tú vinieras más sola,
cabrías más. (Mirando á María.)
- MARIA. (¡Qué sonrojo!)
- MOZA 1.^a No hay más que un sitio.
- MARG. (Tomando el que le ofrecen.) Pues ese...
es para mi hermana...
(Hace pasar á María y ella se queda fuera.)
- MOZA 1.^a ¡Cómo!
- MARG. ¡Si no le ofrecen, le pido;
si no me lo dan le tomo!...
- VILL. ¡Viva la rapaza!
- MARG. Viva
Periquito entre ellas.
- ALC. (Bebiendo.) ¡Otro!
- MARIA. (¡No está!) (Mirando á todas partes.)
- MARG. Mirad como bebe
el alcalde Juan palomo,
yo me lo guiso, yo...
- MARIA. (Reprendiéndola.) ¡Calla,
Margarita!
- ALC. (Á los mozos.) ¡Último sorbo!
- MARG. ¡No servís vos de escudero (Á Villadiego.)
á un capitán muy buen mozo,
que gusta de las muchachas?
- VILL. Y en género tan gustoso
no fuera galán de gusto
quien no gustara lo propio.
¡Soy el escudero, niña!
- MARG. ¡Y el amo, no viene al corro?
- VILL. No le gusta mucho el ruido...
- MARG. Temerá quedarse sordo.
(En este momento aparece D. Gonzalo mirando á
todas partes, hasta que ve á María.)

ESCENA IV.

MARÍA, MARGARITA, MOZAS, el ALCALDE, VILLADIEGOS,
los MOZOS y D. GONZALO.

- GONZ. ¡Allí está! (Con alegría.)
 MARIA. (Ah!) (Viéndole. Todos le miran.)
 MARG. (Mirando al capitán y á María.)
 ¿Qué? te has pinchado?
 Si lo dije, toma este otro.
 (Le quita un alfiler, que tira y le da uno suyo.)
 TODOS. ¡El capitán! (Viendo á D. Gonzalo.)
 MARG. Forastero, (Llamándole.)
 ¿no quiere acercarse al corro?
 ¡Ved que se juega á la rifa
 y que van sacadas ocho!
 GONZ. ¡Yo iba á suplicarlo, niña!
 MARG. (¡Prudencia y alza los ojos!)
 (Con rapidez á María mientras se acerca D. Gonzalo á las mozas)
 ALC. Dió fin la estacion primera.
 Ahora á la plaza con todo,
 que hace juegos de artificio
 el hijo de Anton Chamorro.
 TODOS. ¡Á la plaza!...
 (Entran en la casa la silla del Alcalde y la mesa
 con el pellejo vacío)
 GONZ. (Ap. á María.) (¿Ni un momento?...)
 MARG. ¡Que nos miran! (Ap. á D. Gonzalo.)
 ALC. (Señalando el pellejo lleno.) ¡Venga el otro!
 MARG. (Mientras María y las mozas se levantan, y los
 mozos vuelven de la casa.)
 Capitán... ¡cuatro palabras
 solamente (Llevándosele á un extremo.)
 GONZ. ¡Cuatro y ocho!
 MARG. ¿Quereis bien? (Con intencion.)
 GONZ. Más que á mi vida.
 MARG. ¿Quién le fia?...
 GONZ. Yo respondo.
 MARG. ¿Libre?... (Con mucha rapidez.)
 GONZ. Tanto como el aire.

- MARG. ¿Leal?
GONZ. ¡Como tal me porto!
MARG. ¿Constante?...
GONZ. Más que ninguno.
MARG. ¿Sincero?...
GONZ. ¡Como yo solo!
MARG. Gracias, ¡y Dios se lo pague!
(Saludando y queriendo retirarse, D. Gonzalo la detiene por el foro.)
GONZ. También pregunto!...
MARG. Y respondo.
GONZ. ¿Quiérenme?
MARG. Así lo parece!...
GONZ. ¿Para siempre?
MARG. ¡Y aun es poco!
GONZ. ¿Será su esposa?...
MARG. ¡Lo afirmo!
GONZ. ¿Lo desea?
MARG. ¡Lo supongo!
GONZ. ¡Un abrazo! (Queriendo abrazarla.)
MARG. (Esquivándole.) No le admito,
¡puede hacerle falta... á otro!
ALC. ¡Á la plaza! (Sale por la derecha.)
GASP. (Á Margarita.) Niña, ¿vamos?
MARG. Ahora voy.
GASP. Juntos nosotros
hemos de irnos...
(La coge de la mano y sale por la derecha con las mozas y mozos, que se llevan el otro pellejo y las hachas.)
MARG. (Al salir.) ¡Ven, María!...
(María, que ha quedado la última, va á salir y Don Gonzalo la detiene.)
GONZ. Un instante... (Suplicante.)
MARIA. No... (Vacliante.)
GONZ. ¡Uno solo!

ESCENA V.

MARIA, D. GONZALO.

MARIA. Ved que al punto notarán (Turbada.)

- que me han perdido de vista.
GONZ. La alegría es egoísta,
y todos alegres van.
- MARIA. ¿Qué quereis?
GONZ. ¡Veros y hablaros
en mi amor puro é inmenso...
y deciros cuanto pienso,
y oiros y contemplaros!...
- MARIA. Harto me comprometí
con vuestra carta primera...
- GONZ. ¡La leísteis!... (Con fuego.)
MARIA. (Bajando la voz.) Toda entera...
GONZ. ¿Dónde la guardais?
MARIA. Aquí. (Señalando al pecho.)
GONZ. Anoche, bien de mi vida,
sola estuvo mi tristeza;
¡muy mal vuestro amor empieza
si sus promesas olvida!
- MARIA. Con gusto á veces se inmola
ante el malestar la calma;
¡yo no os ví, porque mi alma
necesitaba estar sola!
- GONZ. ¡Y dónde hubiera encontrado (Con fuego.)
más consuelo que en la mía?
¡Abre el corazon, María,
á quien el suyo te ha dado!
Dos meses há que te adoro
y que tu semblante empaña
una pesadumbre extraña,
cuyos motivos ignoro.
Esa profunda tristeza
me desalienta y disgusta,
tal vez porque mal se ajusta
á tu edad y tu belleza.
¿Qué misterio hay en tu vida,
que así tu existencia embarga?
¡Por qué una flor tan amarga ¡
quieres guardar escondida?
- MARIA. ¡Muy tristes son sus colores! (Con amargura.)
GONZ. ¿Por qué, pues, no la derrumbas!
MARIA. No, dejadla; hasta en las tumbas
se dejan crecer las flores.

GONZ. ¡María, yo ese pesar
que me cuentas necesito!...
¡Si llorar es un delito
quiero contigo llorar!

MARIA. Huérfana y pobre he nacido,
y aunque decis que soy bella,
siempre ha alumbrado mi huella
la estrella del desvalido.
Como hay mil plantas sin nombre
que tiñen la verde alfombra
y crecen entre la sombra
sin que las advierta el hombre;
que en su desventura santa,
porque tener vida puedan,
se entrelazan y se enredan
en el tronco de otra planta,
flores de cerrado broche,
que en ignorada agonía
ni ven el fulgor del día
ni las auras de la noche;
que solas nacen y crecen,
solas alientan y viven,
solas el aura reciben
y solas desaparecen,
también hay seres sin nombre
que viven en triste duelo,
sin la compasión del cielo,
sin las sonrisas del hombre:
seres que como esas flores
de la suerte se acobardan,
aunque entre sus hojas guardan
rico manantial de amores:
seres con amor profundo,
que viven tristes sin calma,
que tienen aliento y alma
y están solos en el mundo.
Para ellos nunca hay placeres,
para ellos siempre hay dolores...
yo soy una de esas flores,
yo soy uno de esos seres. (Pausa.)
Mi padre nunca bendijo
la cuna que me meció;

mi madre nunca me dió
el beso que alegra al hijo.
Y mis diez primeros años
cumpli tristes y sombríos,
mirando semblantes fríos,
pidiendo besos extraños.
Un dia el hombre me vió
con quien desde entónces vivo,
y su generoso abrigo,
su honrado pecho me dió.
Pero tampoco un momento
hallé la felicidad;
¡el que siembra caridad
recoge agradecimiento!
No amor; jamás puede hallarle
el que duda en concederle...
¡Amor! ¡Para recogerle
es necesario sembrarle!

GONZ. Yo te lo exijo, María;
yo que te le doy tan santo;
no ya en tus ojos el llanto
tu vida aumente sombría.
Yo mi amor, puerto seguro
á tus desdichas ofrezco,
yo, que tambien le merezco,
que te le consagro puro.
No anuble duda ninguna
tu mirada cariñosa;
mañana serás esposa
de don Gonzalo de Luna.

MARIA. ¡Ah! (Sin dar crédito á lo que oye.)

GONZ. Yo no tengo más bienes
que el porvenir de un soldado...
pero viviendo á tu lado
¿qué más rico?... Dí... ¿qué tienes?...
¿No admites mi oferta?

MARIA. Sí.

GONZ. ¡Premio gana la virtud!

MARIA. ¡Amor tengo y gratitud!

GONZ. ¡Amor sólo quiero en tí!

MARIA. ¡El mio es grande y profundo!
Por vos vivo y en vos pienso...

¡si el vuestro no es tan inmenso
dejadme sola en el mundo!
GONZ. ¡Eterno el mio ha de ser!
MARIA. ¡No os equivoqueis, por Dios,
que sólo, Gonzalo, en vos
ve su dicha esta mujer!...
¡Y si un olvido hace daño
al alma más venturosa,
¿qué hará en la que no es dichosa
el último desengaño?...
GONZ. ¡No temas!...

MARIA.

Quando el olvido
de un amor un pecho hiere,
si late aún, si no muere
al crudo dolor rendido,
es porque otras afecciones
le consuelan con su encanto,
es porque otro amor tan santo
le da nuevas ilusiones.
Así el pesar se concilia
y no á sucumbir se aviene
el ser dichoso que tiene
padres, hermanos, familia...
Justo es que vivir codicien
los que ven, si sufrir suelen,
que hay ojos que los consuelen,
brazos que los acaricien;
pero á mí el dolor me aterra
de una esperanza perdida...
¿qué sería de mi vida
sin ningún lazo en la tierra?...
¡Oh, no! ese amoroso anhelo
que yo escuchaba indecisa
es la primera sonrisa
que he visto por mí en el cielo...
¡De ella irá mi vida en pos
cuanto tú me quieras más!...
¡Que no me falte jamás
esa sonrisa de Dios!

ESCENA VI.

MARIA, GONZALO, MARGARITA, por la derecha.

- MARG. ¡Maria! (Llamando desde dentro.)
MARIA. ¡Ah! (Asustada.)
MARG. (Saliendo.) Padre ha llegado...
MARIA. ¡Adios! (Con rapidez á Gonzalo.)
MARG. Los fuegos acaban
y aún no se nota tu ausencia.
Señor capitan... ¡dejadla!
MARIA. ¡Gracias! (Á Margarita.) ¡Adios! (Al capitan.)
GONZ. ¡Oh, confia
en mi amor y en mis palabras!
(Maria se va por la derecha.)
MARG. ¿No direis que yo no tengo
á los que se quieren lástima!
GONZ. ¡Oh, ven aquí! (Quiere abrazarla.)
MARG. (Apartándole.) ¡No soy ella,
capitan, que soy su hermana!
GONZ. ¡Serás la mia!
MARG. (Con curiosidad.) ¿Qué? ¿hay boda?
GONZ. ¡Sí tal!
MARG. ¡Qué aprisa se anda!
Dios os haga bien casado... (Le bendice.)
Capitan... hasta mañana.
(Se va por la derecha, saludándole.)

ESCENA VII.

D. GONZALO.

¡Bien hayas, noche apacible!
¡noche serena, bien hayas!
Ya tu luz no saldrá nunca
para alumbrar la desgracia,
ya en su corazon de ángel
el sol verterá sus galas,
y á los rayos de su lumbre
se abrirá feliz su alma.
Tú, ménos triste que sueles,

luna bella, y menos pálida,
has protegido esta noche
mi amor y mis esperanzas!
Tú, noche tranquila, has sido
la aurora de un bien que avanza:
¡bien hayas, noche apacible!
¡noche serena, bien hayas!

ESCENA VIII.

D. GONZALO, VILLADIECO, por la derecha.

- VILL. Aquí está: véngoos buscando,
capitan. (Con un pliego en la mano.)
GONZ. ¿Qué ocurre?
VILL. Acaban
de traer un pliego.
GONZ. Dámele.
VILL. La contestacion no aguardan.
GONZ. ¿Quién le trajo?
VILL. Un balletero
de la avanzada inmediata.
GONZ. No sé qué temor...
(Coge el pliego, le abre y le lee á la luz de la
Virgen de la tapia de la izquierda.)
¡Qué veo!
Orden de partir sin falta
á la córte con el tercio
esta noche!...
VILL. ¿Aviso?...
GONZ. ¡Aguarda!
(Paseándose con agitacion y pensando.)
¡Esta noche!
VILL. Hacer se pueden
las seis leguas de jornada
sin reventar los caballos
ántes que despunte el alba.
GONZ. Mas sin verla no es posible...
¡Oh! yo necesito hablarla...
¡mejor que eso! aun es temprano...
Avisa al alférez Arias,
que todos estén dispuestos,

un señalado favor. (D. Diego le mira sorprendido.)

No esteis de verme turbado
ni receleis con afan...

Soy, don Diego, el capitan
del tercio aquí acantonado.

DIEGO. Licencia el hidalgo déme
para dejarle advertido
de que yo nada he temido...

GONZ. ¡Quien obra bien, nunca teme!
Verdad es: por eso yo
nunca he temido enojaros,
don Diego, al llegar á hablaros.

DIEGO. Mi voz os interrumpió...
Seguid...

GONZ. Dos meses escasos
hace que vivo en Robledo,
y el por qué deciros puedo
que nunca oculté mis pasos.
Ya afianzado en el trono
nuestro rey Felipe quinto,
recordó que este recinto
víctima fué de su encono,
y que en medio de la guerra
que combatió su derecho
y á España tan pobre ha hecho,
perdió no poco esta tierra.

Á su futuro reposo
acudió el rey diligente,
que el que es lidiando valiente
es venciendo generoso.

Yo, con poderes honrados
vine con tropa y doblones
á dar indemnizaciones
á los más perjudicados.
Quien mi comision alcanza
no está mal en su carrera;
que nunca se da á un cualquiera
cargo de tal confianza.

DIEGO. Mucho el empleo os abona...
Seguid, que impaciente espero.

GONZ. No lo tomeis por ligero
elogio de mi persona;

sino sólo como prueba
de mi honradez conocida,
y exacta y justa medida
del paso que á vos me lleva.
En dos meses que aquí estoy,
con mi obligacion cumpliendo,
continuamente estoy viendo
un ángel por donde voy
que cumplirá, no os asombre,
con su envidiable cariño,
las ilusiones del niño
y los encantos del hombre.
No del amor que me abrasa
os cansarán mis suspiros,
ese ángel vengo á pedir
que teneis en vuestra casa.

DIEGO. ¡María! (Después de un momento.)

GONZ.

María, sí,

es la que vive en mi pecho;
la que de la vida ha hecho
una gloria para mí.
Vos, que su orfandad cuidásteis,
y niña la recogísteis,
y amparo y techo le dísteis
y por su virtud velásteis,
podeis hacerla dichosa
ademas de agradecida;
podeis alegrar mi vida
dándomela por esposa.

DIEGO.

Absorto estoy de escucharos,
si no me pesa de oiros;
pero ni sé qué deciros
ni tengo qué contestaros.
Honrado es vuestro deseo
y harto me debe alegrar
que no pudiera aspirar
María á mejor empleo.
Á ser, capitan, mi hija,
yo la diera tal esposo;
mas no siéndolo, es forzoso
que su voluntad elija.
Ella la intencion sabrá

- con que á hablarme habeis venido,
y despues de haberme oido
lo que ella quiera se hará.
- GONZ. Gracias entónces os doy,
pues me haceis afortunado...
- DIEGO. No os entiendo...
- GONZ. Ya he logrado
su consentimiento hoy.
- DIEGO. ¿La hablasteis? (Con extrañeza.)
- GONZ. Aquí hace poco.
- DIEGO. ¿Y os escuchó?
- GONZ. Enagenada. (Con sencillez.)
- DIEGO. Y os respondió...
- GONZ. Enamorada.
- DIEGO. ¡Estais loco!
- GONZ. ¡No estoy loco!
Injusto es por vida mia
que tal noticia os asombre.
Yo la ofrecí amor y nombre;
ni amor ni nombre tenía.
- DIEGO. ¡Es verdad! (Bajando la cabeza.)
- GONZ. Vió que un hidalgo
quería dichosa hacerla...
yo empecé por ofrecerla
cuanto soy y cuanto valgo.
- DIEGO. ¿Y al dejar mi compañía (Asombrado.)
de algun pesar no dió muestra?
- GONZ. Ella es huérfana en la vuestra
y va á ser dueño en la mia.
- DIEGO. Yo su orfandad amparé,
su existencia prolegí...
- GONZ. Yo su alma á la vida abrí
al darle mi amante fe.
- DIEGO. Tambien el amor se olvida. (Con amargura)
- GONZ. Por mí vivirá estimada...
- DIEGO. Tal vez más que apasionada
os estará agradecida.
- GONZ. ¿Por qué mi fe destruir? (Con intencion.)
- DIEGO. Mirar por ella es mi empeño...
- GONZ. Bien mirais al darle dueño...
- DIEGO. Es que yo... (¿Qué iba á decir?)
(Dominándose instantáneamente.)

- (¿Qué es esto? Si el corazón me recuerda hoy mi deber, este hombre ha venido á ser sin duda mi expiación!)
- GONZ. ¡Ved, don Diego, que os escucho... y ved que no sois su padre!... Para que mi amor no os cuadre habeis de decirme mucho...
(Con dignidad y sentimiento.)
- DIEGO. Solo he querido decir, que aunque el amor os abone, justo es que ella reflexione mucho, ántes de consentir. Dejad que en tal peticion pueda pensar con más calma, y el placer que siente el alma se sujete á la razon.
- GONZ. La mia ve con afan que no me habeis contestado...
- DIEGO. (¿No sé lo que me ha pasado!) Teneis razon, capitán. Quien se porta como vos mi apoyo franco merece...
- GONZ. Que me le negais parece.
- DIEGO. ¡Os engañais!
- GONZ. ¡Juzgue Dios!
- DIEGO. Para María os admito... prenda de ello es este abrazo. (Le abraza.) Sólo os pido un breve plazo... creed que lo necesito!...
- GONZ. ¡Imposible!
- DIEGO. ¿Qué decis?
- GONZ. Esta noche he de marchar, y certeza he de llevar de verla mia.
- DIEGO. (Sorprendido.) ¿Partís!...
- GONZ. Orden tengo que me impida quedarme aquí y escucharos... ni puedo el plazo otorgaros ni dilatar mi partida. Por eso sin aguardar al nuevo dia, os hablé,

- y por eso os obligué
mi deseo á contestar.
- DIEGO. Vais á la córte.
GONZ. Á allí voy.
DIEGO. Y volveis...
GONZ. Por mi deseo
en cuanto llegara...
DIEGO. ¡Os creo!
GONZ. Mirad que impaciente estoy.
DIEGO. (No más dudar...) Venid pues...
y busquemos á María:
si ella en vuestro afecto fia...
si ella os ama... ¡vuestra es!
GONZ. ¡Ah! ¡gracias... vamos... mirad!
(En este momento aparecen por la derecha María,
Margarita y Gaspar con direccion á la casa.)
DIEGO. ¡Ella es!
GONZ. ¡Vereis si miento
al pintaros su contento!
DIEGO. ¡Venid, María!...
(Llamando á María, que se vuelve al oírle. Margu-
rita y Gaspar se separan.)
¡Aguardad!
(Á D. Gonzalo aparte y con gravedad.)

ESCENA X.

MARÍA, MARGARITA, D. DIEGO, D. GONZALO, GASPAR.

- MARG. ¡Padre aquí!... ¡Que Dios os guarde!
(Corriendo para saludarle, y viendo á D. Gonzalo.)
(¡Y el capitán?)
MARIA. (Al ver á Gonzalo.) ¡Ah!
DIEGO. (Observándola.) (¡Turbóse!)
¡Margarita, con Gaspar
y Brígida te recoge!...
MARG. (¡Quieren hablar en secreto!...)
Es temprano... (Suplicante.)
DIEGO. Buenas noches.
(Con gravedad amable enseñándole la casa.)
MARG. (Que me despiertes si entras
y estoy dormida.) (A p. á María.)

GASP. (Acercándose.) Las once
son ya, señor...

DIEGO. Retiraos...

MARG. ¡Ya te doy el alboroque!
¡Señor padre, y el de marras...
à boda trasciende!) (Ap. à María.)
(À una seña de D. Diego.) ¡Vóime!
(Gaspar y Margarita entran en la casa, cuya puerta
se cierra: À poco se ve la luz en la habitacion por
una de las rejas.)

ESCENA XI.

MARÍA, D. DIEGO, D. GONZALO.

MARÍA. (¡Temblando estoy!)

GONZ. (Mirándola.) (¡No me mira!)

DIEGO. (¡Qué pasa en mi alma esta noche?)
María...

MARÍA. ¡Señor!

DIEGO. Acércate...
Acercaos... (À D. Gonzalo, ambos lo hacen.)
¡Le conoces?
(Examinando à María con atencion y ansiedad.)

MARÍA. Sí. (Dominando su turbacion.)

DIEGO. ¿Desde cuándo?

MARÍA. ¡Há dos meses!...

DIEGO. ¿Y tú le amas?...

MARÍA. Desde entónces.
(Bajando la vista.)

DIEGO. Con él hablaste hace tiempo...

MARÍA. No, señor, sólo dos noches.

DIEGO. ¡Dos! (Sorprendido.)

MARÍA. Ayer fué la primera...

DIEGO. ¡Muy aprisa el amor corre!
El te ama...

MARÍA. (Sonriendo) ¡Así me lo dijo!

DIEGO. Bien, ¿y tú lo correspondes?...

MARÍA. Si fijó en la pobre huérfana
sus hidalgas intenciones,
poco con mi amor le pago
aunque mi amor sea enorme!

- DIEGO. Él tu mano me ha pedido...
MARIA. Con ella el aliento dóile.
DIEGO. Yo esperaba tu respuesta...
MARIA. ¡Á su voluntad es dócil!
DIEGO. Á nadie en la tierra tienes (Con emocion.)
más que á mí; ¡tú no conoces
cuánto te quiero! Yo mismo
lo ignoraba hasta esta noche.
Natural es que procure
que tu suerte se mejore:
sólo te falta á mi lado
una posicion y un nombre...
él te lo da, tú le aceptas...
y yo debo estar conforme.
Capitan... vuestro deseo
cumplido se ve.
- GONZ. ¡Dios oye
los votos justos, y el mio
era sincero, era noble!
- DIEGO. Eres buena, eres honrada...
justo es que la dicha logres.
¡Capitan, á vuestra vuelta
venid á verme!
- MARIA. (Sorprendida.) ¿Os vais?
GONZ. (Con pesar sincero.) Vóime
dónde mi deber me llama.
- DIEGO. ¿Volvereis pronto?
GONZ. Conforme
mi deseo, mañana
volvería.
- DIEGO. No se enoje
si ántes de partir le hago
varias preguntas.
- GONZ. Os oye
mi deseo: á contestaros
dispuesto estoy.
- DIEGO. Vuestro porte,
vuestro lenguaje y conducta
indicios me dan mejores
que nada de vuestra cuna.
- GONZ. Hidalgo soy.
DIEGO. ¿Rico?

- CONZ. Pobre
quedé á la muerte de un padre,
que murió há trece años.
- DIEGO. ¿Dónde?
- GONZ. En Salamanca. Fué rico,
segun dicen, cuando jóven;
pero la adversa fortuna
á su vejez persiguióle,
y no me dejó en herencia
más que su honor.
- DIEGO. (Con interés.) ¿Vuestro nombre?
- GONZ. Gonzalo de Luna.
- DIEGO. (Trstornado y fuera de sí.) ¡Cielos!
- GONZ. ¿Qué teneis?
- MARIA. ¿Qué es eso?
- DIEGO. (Cogiendo á D. Gonzalo y preguntándole con agita-
cion creciente.)
¿Lope
se llamaba vuestro padre?
- GONZ. Cierto... (Sin comprender.)
- DIEGO. (Fuera de sí.) ¡Maldicion entónces!
- GONZ. ¿Qué decís? (Con extrañeza.)
- DIEGO. Calma un momento...
Decidme, Gonzalo, ¿ese hombre
era tambieu? . .
- GONZ. (Con dignidad.) Capitan
de les tercios españoles
que militaron en Flandes
y Portugal.
- DIEGO. ¡Dios, acórreme!
¿Sobrino fué del de Lerma?...
- GONZ. ¡Es así!...
- DIEGO. ¿Vino á la córte?
dos años?... (Con ansiedad.)
- GONZ. (Con sencillez.) ¿Le conocísteis?...
- DIEGO. ¡Pluguiera al cielo que me oye!
- GONZ. ¡Acabad!
- DIEGO. ¡Rayo del cielo!
Insensato, ¡y no conoces (Fuera de sí.)
en mi gesto, en mis miradas...
no te está diciendo á voces
mi mano, que está sedienta

- de la sangre que en tí corre!
- MARIA. ¡Jesús! (Aterrada.)
- GONZ. ¡Don Diego!
- DIEGO. ¡Y tú, imbécil,
en mi camino te pones!
¡Doce años há que venganza
respiran mis oraciones!...
¡Doce años há que maldigo
todos los dias tu nombre!
- GONZ. ¡Oh, acabad! mi sangre hierve.
(Con ira reconcentrada.)
- MARIA. ¡Ved mi tormento! (Suplicante.)
- DIEGO. ¡Tú rompes
tambien el silencio? Calla. (Fuera de sí.)
que mi honor tu acento oye
y me horroriza tu vista!
Salgamos... (Á D. Gonzalo.)
- GONZ. Tened: ¿adónde?
- DIEGO. ¡Donde sangre de Mendoza
ó de Luna el suelo moje!
- MARIA. ¡Por piedad! (Interponiéndose.)
- GONZ. (Dominándose.) Raro es por cierto
ver la calma en el más jóven:
¡agradezcan vuestras canas
que no las tiene el que oye!
¡Qué causa os dí yo en mi vida
para tan ciegas razones,
ni cómo á quien viene á honraros
denostais audaz y torpe?
- DIEGO. ¡A honrarme vos! Vuestro padre
de su honra antigua olvidóse,
y tendrán siempre que estar
sin honra sus sucesores!
- GONZ. ¡Dios de Dios!
- MARIA. ¡Favor! ¡teneos!
- DIEGO. ¡Calla!
- MARIA. ¡Socorro! no me oyen!
(Asómase Margarita á la reja.)
¡Socorro!
- GONZ. ¡Venid, Mendoza!
- MARIA. ¡Favor! (Desesperada.)
- DIEGO. Venid.

MARG. (Saliendo de la casa.) ¡Esas voces!...

ESCENA XII.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO, D. GONZALO y GASPAN,
que sale detrás de Margarita, al verlos D. Diego se acerca á
D. Gonzalo y le habla aparte.

DIEGO. (¡Silencio!) (Con rapidez.)
MARIA. ¡Gaspar! (Corriendo hacia él.)
MARG. ¡Qué te pasa, (Con miedo.)
señor padre?
DIEGO. ¡No deis voces!
MARIA. ¡Margarita... no te apartes
de su lado! (Suplicante.)
MARG. ¡Padre! (Se le acerca.)
MARIA. (Á Gaspar) ¡Corre!
DIEGO. ¿Qué quieres? Déjame!
(Á Margarita, procurando, aunque en balde, domi-
nar su emoción, cada vez más creciente.)
MARG. ¡Vente!
MARIA. ¡Vete, Gonzalo! (Suplicante.)
DIEGO. ¡Repórtese
el hidalgo!
MARIA. ¡Virgen mía!
¡Compasión!
MARG. ¡Padre! ¿no me oyes?
DIEGO. Sí...
MARG. Es tarde y nunca me acuesto
sin rezar mis oraciones...
y sin que tú me bendigas...
¿No rezamos esta noche?...
DIEGO. (¡Oh! su hijo es inocente.)
(Después de una lucha interior.)
MARG. ¿Callais?...
DIEGO. (¡Que Dios le perdone!)
Idos... y dad al olvido, (Á D. Gonzalo.)
capitan, mis expresiones...
Idos, y evitad que el cielo
en mi camino os arroje...
GONZ. Volveré aunque á vos no es cuadre:
dos razones son mi guía:

- una, el amor de María;
otra, el honor de mi padre!
(Con dignidad y decision.)
- DIEGO. No me habéis ni un punto más;
¡ya vuestro padre murió!
y en cuanto á María, no
ha de ser vuestra jamás.
- MARIA. ¡Ah! (Aterrada.)
- GONZ. ¿Vos me direis por qué? (Con ira.)
- DIEGO. ¡Ved mi calma!
- GONZ. ¿Ya la mía (Fuera de sí.)
no ha de aguardar hasta el día!
(¡Ved mi hija!)
- DIEGO. (Ap. á D. Gonzalo, con una expresión aterradora.)
¡Volveré!
- GONZ. María... ¡adios!
- MARIA. ¿Dónde vais? (Con desesperación.)
- GONZ. (¡Forzoso me es el dejarle!...
¡Oh! ¡yo volveré á matarle!)
- MARIA. ¡No, Gonzalo! ¡no volvais! (Con terror.)
- GONZ. Adios, y pensad la afrenta
que en mi nombre habeis echado:
¡yo volveré tan honrado
que os pida de mi honra cuenta!
¡Dios si volveis os envía (Con ira.)
para vengarme ofendido!
¡Ay de vos si cuenta os pido,
capitan, de la honra mia!
¡Padre! (Deteniéndole.)
- MARG. No más! (Id. á Gonzalo.)
- MARIA. (Irónicamente.) ¡Ira vana!
- GONZ. ¡Ved que mi alma se destroza!
- MARIA. ¡Hasta mañana, Mendoza!
- GONZ. ¡Hasta mañana, Mendoza!
- DIEGO. ¡Capitan, hasta mañana!
- (Ambos con aire amenazador. Antes de separarse
cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto primero. Es de noche y aparece la escena alumbrada y dispuesta del mismo modo que á la conclusion de dicho acto.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, GASPAS.

- BRIG. ¿Aún no vino?
GASP. Más temprano
que siempre salió del pueblo.
¿Y María?
BRIG. Algo aliviada
se levantó hace un momento,
y allí está con Margarita.
Entrambas saber quisieron
si de su excursión continúa
había vuelto don Diego.
GASP. Aún no.
BRIG. Pero vos, que anoche
presenciásteis el suceso,
¿no podeis decirme nada?
GASP. Brigida, nada de nuevo.
Ya os lo dije esta mañana,
y me ratifico en ello.
¡Oh! si no salimos pronto

- se matan, sin más remedio.
BRIG. ¿Pero ellos se conocían?
GASP. ¿Yo qué sé?
BRIG. Pero el suceso
¿por qué fué?
GASP. ¡Quién lo supiera!
Entramos á recogernos,
y el amo dijo á María
que se quedara con ellos.
Margarita, que á la reja
puesta los estaba oyendo,
fué la primera que á un grito
me llamó: salimos luégo,
y si bien los dos trataron
de ocultar por un momento
la ira que los cegaba
al vernos salir tan presto,
en el llanto de María,
en sus frases y sus gestos
claramente se mostraba
lo que escondían sus pechos.
Ambos, despues de mirarse
de ira y coraje ciegos,
con voz vengativa y ronca
«¡hasta mañana!» dijeron.
BRIG. Pasó el dia sin embargo,
y nada ocurrió.
GASP. Del pueblo
se fué anoche el capitan
con todos sus ballesteros.
BRIG. ¡Grave debe ser la causa!
¡Si yo lo estaba diciendo!
Diez años hace que el amo
y Margarita vinieron
á la aldea y me tomaron
á su servicio, y en ellos
maldito si en esta casa
hubo un dia de contento.
La huérfana recogida,
la tristeza de don Diego,
todo á pensar inducía
que algun oculto misterio

- daba á la familia toda
un color sombrío y serio.
- GASP. Malicia de vuestros años...
sospechas de vuestro ingenio.
Desde que al pueblo vinimos
nunca la paz y el sosiego
estuvieron más á gusto
que bajo este humilde techo.
Ese capitan sin duda
es la causa del enredo.
¡Mala pascua si aquí vuelve
como ha prometido hacerlo.
- BRIG. Pero vos, que habeis servido
á nuestro amo tanto tiempo,
¿nada sabeis de su vida
que pueda explicarnos esto?
- GASP. Yo le he servido en campaña
y juntos volvimos luégo
á la córte, donde el ama
dió su alma al Dios de los cielos,
cuando Margarita apenas
cumplido había año y medio:
desde aquella triste fecha
huyó el placer de don Diego;
y un dia vendiendo casa...
rentas... salimos huyendo
de la córte, adonde nunca
desde entónces hemos vuelto.
Á los dos meses, María,
sin parientes y sin deudos,
fué recogida en la casa;
ese el único suceso
es, que ha pasado en diez años
de quietud y de aislamiento.
- BRIG. Todo eso no explica nada
de lo de anoche...
- GASP. Lo veo;
pero ni yo sé otra cosa,
ni lo entendeis, ni lo entiendo.
- BRIG. Ved... Margarita y María.
(Mirando á la izquierda.)
- MARIA. ¡Ah!... dejadnos un momento. (Saliendo)

BRIG. ¿Cómo? (Con mal humor.)
MARG. ¡Brígida, retírate!
BRIG. Gaspar... (Los dos se inclinan.)
(Siguen los secretos.)
(Ap. á Gaspar al marcharse por la izquierda.)

ESCENA II.

MARIA, MARGARITA, GASPAR.

MARG. ¿Desde que se fué esta mañana
no ha vuelto padre? (Con interés.)
GASP. No ha vuelto.
MARIA. Di, Gaspar, ¿y tú no has visto
al capitán por el pueblo?
GASP. No tal; si ha salido anoche
para Madrid con el tercio.
MARG. Pero ¿volver no le viste?
GASP. ¡No es fácil!
MARIA. ¡Oh! ¡gracias, cielo!
MARG. Mira, Gaspar... (Con amabilidad.)
GASP. ¿Qué se ofrece?
MARG. Ya sabes cuanto te quiero...
¿no es verdad?
GASP. ¡Pues bueno fuera
que no lo hicieras! Al hecho.
MARG. ¡Gaspar... es fuerza que salgas!
GASP. ¿Y adónde? (Con extrañeza.)
MARG. Justo es que estemos
con gran cuidado por padre.
GASP. ¡Él siempre da esos paseos!...
MARG. No importa... sal y pregunta
si le han visto... y vuelve presto...
MARIA. Mejor es que nos le traigas...
elige tú mismo un puesto
desde donde verle puedas
con facilidad.
GASP. ¿Y luego?...
MARG. ¡Ven á avisarnos al punto
que le veas desde lejos!
MARIA. Gaspar... ¡yo te lo suplico!
GASP. Bien, ya voy.

MARG. ¡Yo te lo ruego!
GASP. ¡Válgate Dios por muchachas!
MARG. ¡Gaspar! más aprisa!... (Con impaciencia.)
GASP. Vuelo.
(Sale por el foro y cierra la puerta.)

ESCENA III.

MARÍA, MARGARITA.

MARIA. ¡No puedo más, Margarita!
Á cada instante sospecho
que se habrán otra vez visto...
MARG. ¿Qué temes? (Con ansiedad.)
MARIA. ¡Todo lo temo!
¡Es el capitán valiente...
y tu padre estaba ciego...
y son injurias mortales
las que ambos ayer se hicieron!
MARG. ¿No dices tú que mi padre
accedió á todo primero?
MARIA. Sí, pero al oír el nombre
del que iba á ser mi dueño,
pálido, encendido en ira...
¡solo de acordarme tiemblo!
comenzó á injuriarle altivo
y á denostarle soberbio.
¡Vanas fueron sus razones,
inútiles mis lamentos;
y á no salir tú... á mi vista
vertieran su sangre ciegos!
MARG. ¡Tal vez un error de nombre!...
MARIA. No: con minucioso empeño
le preguntaba tu padre
por el suyo... y cada nuevo
indicio que descubría
de ser de su odio el objeto,
más se inmutaba su rostro
y enronquecía su pecho!
¡Se odian! ¡se odian, Margarita!...
¡ya para mí no hay remedio!
MARG. Pero... dicen que ha partido

el capitán...

MARIA. ¡Por lo ménos,
Margarita, le he perdido
para siempre! Si oye el cielo
mis súplicas, ¡nunca, nunca
volverá!...

MARG. Mas tú...

MARIA. ¡Oh! no quiero
que mi bienhechor exponga
su vida... yo se la debo;
y entre su dicha y la mía,
su existencia es lo primero!

MARG. ¡Mas tú al capitán no amas?

MARIA. ¡Y qué importa?... ¡tanto tiempo
he vivido sin que nadie
le pida amor á mi pecho,
que sin sorpresa alguna
á vivir sin amor vuelvo!
¡Yo ya estoy acostumbrada
á la soledad y al tedio! (Con amargura.)
¡Tal vez, la poca costumbre
del placer, me hubiera muerto!
¡Tú mientes!...

MARG.

MARIA. ¡No, creeré siempre
que mi cariño era un sueño!

MARG. ¡Tú te engañas á tí misma!

MARIA. ¡Sí, Margarita: y no puedo! (Con expansion.)
¡Que quererle es imposible,
y con el alma le quiero!

MARG.

Déjalo, yo hablaré á padre;
él es generoso, es bueno,
y jamás ha rechazado
mis súplicas ni mi acento.
Yo le diré lo que sufres...
yo sé leer en su pecho...
y si feliz no te hace,
podrá consolarte al ménos.

MARIA.

No, deja que su rencor,
para hablarle, tenga término,
como le tiene el mañana
horrible de ayer, que aun temo!

MARG.

¡Y ese Gaspar, que no viene!

MARIA. ¡Si se han visto!
MARG. No por cierto,
María, ya el capitán
no volverá en algún tiempo,
y adivinar será fácil
la llave de este misterio.
Vaya, María, no llores;
mira que á pensar no acierto,
y que... aunque yo quiera darte
valor... ¡Vamos, no le tengo!
(Gaspar entra por el foro con alegría.)

ESCENA IV.

MARÍA, MARGARITA, GASPAS.

GASP. ¡Ya viene don Diego!
MARG. ¿Solo?
GASP. ¡Solo!
MARG. (Á María.) ¡Retírate adentro!
¡María, yo voy á hablarle!
MARIA. ¿Qué has de hacer tú?...
MARG. ¡Ya veremos!
MARIA. Mira, mejor es dejarle
á sus solas un momento,
y si está tranquilo, entónces
hablarle mejor podemos.
MARG. Tienes razon, pero cuenta
que yo he de hablarle primero.
GASP. ¡Ya llega á la plaza! (Mirando por la ventana.)
MARG. Vente,
Gaspar...
GASP. Adopto el consejo.
(Todos se van por la izquierda. Se abre la puerta
del foro, y aparece D. Diego; entra, se quita el
sombrero y viene á sentarse al lado de la mesa.)

ESCENA V.

D. DIEGO.

¡Horrible día! aun resuena

su odiada voz en mi pecho!
¡Hasta mañana! me dijo,
¡hasta mañana!... y no ha vuelto.
Ha hecho bien... ¡que Dios anoche,
logrando evitar mi intento,
nos ahorró por un milagro
un crimen horrible y cierto! (Pausa)
¡Oh, cómo tras de diez años
de vergonzoso misterio,
el corazón mal dormido
vuelve á despertar soberbio!
¡Cómo las perdidas fuerzas
recobrando van su imperio!
¡y cómo la débil sangre
hinche apresurada el pecho!
La antigua herida del alma,
que ya cicatrizó el tiempo,
reciente y fresca parece,
según el dolor que siento.
¡Nunca, Gonzalo de Luna,
quieras salirme al encuentro:
tu nombre me pide sangre,
y sed de la tuya tengo! (Pausa.)
¡Diez años! ¡y yo era honrado!
¡y desde entonces temiendo
voy que en mi mismo semblante
adivinen mi secreto!
¡Desde entonces sin descanso
á la soledad me entrego;
desde entonces huyo el rostro,
desde entonces tengo miedo! (Levan tándose.)
¡Cuántas noches despertando
sobresaltado en el lecho
he sorprendido á mi boca
entre sollozos diciendo!... (Baja la voz.)
«¿Adónde estás, honra mía,
que te busco y no te encuentro?»
¡Y aun en mi mismo retiro
me busca el destino adverso!...
¡Oh, si vuelves! oh, si vuelves,
capitan, sálvete el cielo! (Con ira.)

ESCENA VI.

MARGARITA, D. DIEGO.

- MARG. ¡Padre! (Desde la puerta izquierda.)
DIEGO. (Volviendo repentinamente y dominándose.)
¿Quién es? ¡Margarita!
¿Qué me quieres? (Rápidamente.)
MARG. (Adelantándose.) Yo... (Con timidez.)
DIEGO. ¿Qué es eso?
MARG. Nada... ver si habíais venido.
DIEGO. Sí, Margarita... ya he vuelto...
¡Déjame!
MARG. (Llorando.) ¡Ya no me amas!
DIEGO. ¡Oh! ¿qué dices?... (Con ansiedad.)
MARG. Que ni un beso (Sollozando.)
me has dado há dos dias...
DIEGO. ¿Cómo?...
MARG. Que ahora me despides...
DIEGO. (Disculpándose.) Vengo
cansado...
MARG. Si yo te busco...
¡si que me busques no quiero!
DIEGO. ¡Ah, perdóname, ángel mio!
¡Ven aquí! (Trayéndola á su lado.)
MARG. (Con alegría.) ¡Gracias al cielo!
DIEGO. ¡Tú no sabes que en la vida
hay instantes muy acerbos!
MARG. Sí lo sé: cuando te olvidas
de mi amor: ¡deben ser esos!
DIEGO. ¡Esos son! (Con gravedad.)
MARG. ¡Y yo pensaba
de tan horribles momentos,
que un beso de vuestra hija
los ahuyentaba más presto!
DIEGO. Y es así... ¡tú no comprendes
lo que por tu amor he hecho!
¡sin tí, tal vez no viviera!
¿Me quieres?...
MARG. ¡Así te quiero!
y ahora que solos estamos

y que no eres amable y bueno,
me vas á contar la causa
de tus penas...

DIEGO. ¡No las tengo!

MARG. La mentira es un pecado...

DIEGO. ¿Y qué?

MARG. Que me estais mintiendo. (Con respeto.)

DIEGO. ¡No tal!

MARG. ¿Pensais jegoista!
que basta á los que os queremos
vuestro palabra? No basta...
pruebas hacen falta y hechos.
Sí, señor; quiero reñiros,
y mi riña de hoy no es juego.
¿Pensais vos que nos alegra
que andeis por montes y cerros
un día tras otro día,
triste, solitario y sério?
¿Pensais que vuestros pesares
son tan libremente vuestros
que no ha de hacer en nosotros
ninguna falta el saberlos?
¡Pues os engañais y mucho!

DIEGO. Margarita...

MARG. Once años tengo,
y si mi padre está triste
conocer la causa quiero.

DIEGO. Conténtate, Margarita,
con ignorarla más tiempo.

MARG. Bien... si soy niña calládmela,
y á mi pesar me contento;
¿pero María no tiene
sobre vos ningun derecho?
¿No es vuestra hija adoptiva,
no os quiere como yo os quiero?
¿Es justo que en vuestro rostro
no vea nunca el contento?

DIEGO. La otra noche...

MARG. (Interrumpiéndole.) La otra noche
hubo caricias y besos,
y anoche... ¡lo que es anoche
el susto, padre, fué bueno!

- DIEGO. ¡No me hables de anoche!
MARG. Entónces
hablaré de hoy.
- DIEGO. ¡Eso quiero!
MARG. ¡Todo el día hemos estado
llorando en nuestro aposento!
¡Hacer llorar á una hija!
Veamos: ¿está bien hecho?
- DIEGO. Pero tú... ¿por qué llorabas?
MARG. Porque ella llora... ¡por eso!
porque yo la quiero... ¿estamos?
y desde niña la veo... (Enternecida.)
y porque no tengo hermana
ni madre, y años enteros
pasaron partiendo juntas
el trabajo y el recreo;
la misma casa, velando;
la misma alcoba, durmiendo.
- DIEGO. ¡Oh, es verdad! (Pensativo.)
MARG. ¡Porque ella llora
y echa á sus padres de ménos,
y iba á ser feliz y vos
la condenais á no serlo!
- DIEGO. Yo no; ¡la cólera eterna
en su fallo justiciero!
- MARG. ¡Si ella le quita la dicha
dejadla vos el consuelo!
(María aparece en la derecha.)
- DIEGO. ¡Oh, sí, hija mia, que venga;
y desde hoy llore en mi seno!
- MARIA. Padre y señor... (Corriendo á D. Diego.)
DIEGO. ¡En mis brazos,
hija mia!...
- MARG. ¡Así te quiero!

ESCENA VII.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO.

- DIEGO. ¡Aquí puedes ya llorar (Abrazándola.)
de tu suerte los desvíos!
¡aquí están los duelos míos

y te pueden contestar!
¡No ya tu voz en mi oído
resonará como extraña,
que mi pesar te acompaña
y harto, infeliz, has sufrido!

MARIA. Eso hoy al cielo pedí:
mi pena será menor
si en vos encuentro el amor
que para siempre perdí.

DIEGO. ¡Para siempre! ¡El cielo trunca
(Con solemnidad.)
tu porvenir lisonjero!

MARIA. Mas la causa por que muero... (Tímidamente.)

DIEGO. ¡No quieras saberla nunca!
¡No me obligues á que hable,
que harto te dice mi afán!
¡Entre tí y el capitán
hay un abismo insondable!
Y por tu dicha te pido,
aunque mi ruego te asombre,
que echés su faz y su nombre
en la mansión del olvido.
¿Adónde está, me dirás,
el sitio donde le lanzas?
Donde van las esperanzas
que ya no vuelven jamás.

MARIA. ¡Ay de mí, que no podré!

DIEGO. ¡También el dolor se olvida!
¡Yo no pensaba en mi vida
abrazarte... y te abracé!
No más me preguntes hoy,
que contestarte no puedo.

MARIA. ¡Sola y sin amor me quedo!

DIEGO. No tal; que el mío te doy...
y aunque mucho no te cuadre,
consuele el mal que te afana
el cariño de una hermana
y la bendición de un padre.
Desde hoy en mí le tendrás.

MARIA. ¿Y el que causa mi desvelos?

DIEGO. ¡María, ruégale al cielo
que no vuelva aquí jamás.

MARG. ¿Tanto, padre, os ofendió,
que es perdonarlo imposible?...

DIEGO. Margarita... no es posible
hablar más. Todo acabó.
Enjuga, María, el llanto,
que en mi corazón resbala,
que no es mi razón tan mala
cuando yo siento otro tanto.
Confía en quien me ha otorgado
resignación y cordura.

MARIA. ¡El que ve tu desventura
fuerzas debe haberte dado!

DIEGO. ¡Él también me dará olvido!
Pídeselo con empeño.
Tu amor, María, era un sueño.

(Se abre de repente la puerta del foro y aparece
D. Gonzalo. Todos los personajes marcan su sor-
presa, según la idea que les agita á su presencia.)

MARG. ¡Él!

MARIA. ¡Jesús!

DIEGO. ¡Dios lo ha querido! (Pausa.)

ESCENA VIII.

MARÍA, MARGARITA, D. DIEGO, D. GONZALO.

DIEGO. ¡Vuestra venida es ya vana
(Con dignidad y procurando dominar su ira.)
y mi corazón destroza!

GONZ. «Hasta mañana, Mendoza,»
os dije... y aún es mañana.

DIEGO. ¡Idos! (Con furia reconcentrada.)

GONZ. Mal me conocéis...
ó vuestro dicho olvidásteis.
Para hoy aquí me relásteis,
Mendoza, aquí me tenéis.

DIEGO. No queráis probar mi enojo...

GONZ. ¡Ved que no estoy satisfecho!

DIEGO. Cuanto daño me habeis hecho,
capitan... yo os le perdono! (Con calma.)

GONZ. Nunca perdón necesita
quien cree no merecerle,

- y haceis mal en concederle
al que no le solicita. (Sombriamente.)
- MARG. Idos, capitán, y ved
la calma con que os habló.
- GONZ. ¡Ni puedo tenerla yo,
ni agradezco la merced!
- MARIA. ¡Yo también rogaba á Dios
no miraros más aquí!
Idos, Gonzalo, por mí,
y olvidadme!... (Con acento desgarrador.)
- GONZ. (Con ira.) ¡También vos!
¡Oh, más mi mente se exalta
indiferente al miraros!
¡Mendoza, yo vengo á daros (Con furia.)
la sangre que os hace falta!
- DIEGO. ¡Callad! (Esforzándose á tener calma.)
- GONZ. Yo vengo á pedir
de vuestras palabras cuenta,
á menos que, en vuestra afrenta,
no queráis hoy desdeciros.
- DIEGO. ¡Basta ya! ¿saber quereis (Fuera de sí.)
por qué os negué yo su mano,
y por qué llamé villano
á vuestro padre?...
- GONZ. ¿Aún volveis?...
- DIEGO. Bien. Salid. (Á María y Margarita.)
- MARG. (Suplicante.) ¡Padre!
- MARIA. ¡Señor!
- DIEGO. ¡Dejadme!... nada temais.
- MARG. ¿No salir de aquí jurais? (Temblando.)
- DIEGO. Sí, que aquí estamos mejor. (Con acento terrible.)
- MARIA. ¡Piedad! (Á Gonzalo.)
- GONZ. ¿La tiene el cruel?
- MARG. ¡Padre, piensa en mí!
- DIEGO. (Sin oírlo.) Sí... deja.
(Se dirige al foro y cierra puertas y ventanas.)
- MARIA. ¡Cierra la puerta y la reja!
- MARG. ¡Oh, yo velaré por él!
(Á una mirada aterradora de D. Diego se retiran
María y Margarita por la izquierda, en medio de la
mayor agitación. D. Diego baja al proscenio y vuel-
ve á recobrar su aparente calma.)

ESCENA IX.

D. DIEGO, D. GONZALO.

DIEGO. ¡Con prudencia os recibí,
y sin ira os escuché!
Dios, que mi justicia ve,
sabr  hac rmela hoy aquí.

Aún es tiempo... y os le doy...
la paz mi conciencia invoca,
y ved, Luna, que mi boca
nunca ha dicho lo que hoy!

GONZ. Hablad. (Impasible.)

DIEGO. Voy, ¡mas reparad (Con intencion.)

que el que sepa mi secreto,
firma en el acto el decreto
de su misma muerte!

GONZ. (Con gravedad.) ¡Hablad!

DIEGO. ¿Qué es lo que quereis saber?...

GONZ. ¡Lo que   vos tal vez no os cuadre!

La memoria de mi padre
he venido   defender.

¡Vos la ultraj steis!

DIEGO. (Con ira creciente.) ¡Seguid!

GONZ. Y yo por infame os tengo,
y   pedir os cuenta vengo.

DIEGO. Sacad la espada, y oid.

(Sacan ambos las espadas, que desnudas cruzan encima de la mesa. D. Diego le coge de la mano y le baja al proscenio, donde despues de mirar con temor   todos lados, dice lo siguiente, en voz muy baja y marcando todos sus afectos con la pasion más reconcentrada. Pausa.)

Ayes lanzando del pecho
que hondo dolor torturaba,
una mujer respiraba
dificilmente en su lecho.

¡Aún en mi mente la miro! (Abstraido.)

¡Era una noche sombr a,
y aquella mujer rendía
  Dios su postrer suspiro!
De pie...   su lado y tocando

con su mano un crucifijo,
pálido, inmóvil y fijo
estaba un hombre llorando, (Con emoción.)
y en una cuna dormida
una niña reposaba,
ignorando aún como acaba
de irse el alma de la vida!
De pronto, lanzando un grito,
la enferma, al sentir la muerte...
extendió la mano inerte
dándole al hombre un escrito ..

(Con la voz bronca por la emoción y sollozos ahogados.)

¡Y vino la luz del día...
la mujer no respiraba...
el hombre rezando estaba...
y la niña sonreía! (Pausa.)
Pasó un día... y dos... y tres;
dejó el hombre de llorar,
y fué el escrito á buscar
para cumplirlo!...

(Saca un papel del pecho, que arruga convulsivamente al verle. Dominándose, dice:)

¡Este es!

Ya comprendéis lo que siento
y el ¡ay! que al tocarle exhalo.

(Dominando su ira por un momento.)

¡Aún es tiempo! ¡Idos, Gonzalo!
¡Seguid! (Impasible.)

GONZ.
DIEGO.

Escucha atento.

(Baja más la voz y lee la carta temblando.)

«Entre la muerte y la vida
»os escribo este papel;
»¡mirad, Diego, que va en él
»mi postrera despedida!
»¡Yo quiero que más no ignores
»cuán infeliz fué mi suerte,
»que más allá de la muerte
»no hay venganzas ni rencores!
»Niña, con vos me enlazaron,
»y yo, Diego, no os amaba;
»cuando el sí en el templo os daba

» mis labios os engañaron.
» ¡Mi falta primera es ¹
» la que mi mal asegura;
» la que empieza por perjura
» culpable es siempre despues!
» Deja que al morir exija,
» con honda pena de tí,
» tu maldicion para mí,
» tu perdon para mi hija!
» ¡Su padre, en pobre fortuna,
» vió morir su antigua gloria,
» no maldigas la momoria
» Diego, de Lope de Luna!

GONZ.
DIEGO.

¡Ah! (Aterrado.)
«En Robledo la han criado, (Leyendo.)

» María tiene por nombre;
» socórrela, y no te asombre
» mi crimen por mí contado.
» Y si por mí ó por su padre
» la tienes odio profundo,
» ve que está sola en el mundo,
» y que hoy ha muerto su madre!»
(Pausa. D. Gonzalo baja la cabeza abatido.)

Nunca en diez años despierto
este papel he leído. (Fuera de sí.)
¿Gonzalo, tú lo has querido:
la antigua herida has abierto!
¡Ve si estas frases villanas
causa son de mi deshonra!...
Tu padre ultrajó mi honra...
tu padre manchó mis canas!

GONZ.
DIEGO.

¡Oh!
Sí... y aunque no te cuadre
este empeñado tormento...
siempre te dirá mi acento,
¡ladron de honras fué tu padre!

GONZ.
DIEGO.

¡Oh! ¡Callad! (Conteniendo su furia.)
Que hables te exijo...
¡Contesta, hijo de ladron! (Fuera de sí.)

¹ Esta carta no puede llevar acotaciones. El actor ha de sentirla, y sin esto, todas las advertencias serian inútiles.

- GONZ. ¡Mendoza, teneis razón, (Con locura.)
pero ved que soy su hijo!
- DIEGO. ¡Justo es que unidos estén
los que junta un lazo humano!
¡Tú eres hijo de un villano!
¡villano serás tambien!
- GONZ. ¡No más! ¡matadme! (Ciego de cólera.)
- DIEGO. (Cogiendo la espada.) ¡Eso ansío!
- GONZ. ¡No!... (Retrocediendo aterrado.)
- DIEGO. ¡Cobarde!
- GONZ. (Sin poder contenerse.) ¡Oh, de esa suerte!
- DIEGO. ¡Ven á que te dé la muerte!
¡ó á dárme!
- (Cogen ambos las espadas, y al querer salir, Margarita dando un grito entra en escena, seguida de María, Gaspar y Brígida, que se quedan retirados.)
- MARG. ¡Padre mio!

ESCENA X.

MARÍA, MARGARITA, BRÍGIDA, D. DIEGO, D. GONZALO,
GASPAR.

- DIEGO. ¡Qué! (Volviéndose aterrado al oírle.)
- MARG. Nada, como era tarde
(Disimulando su agitacion.)
y creo habeis acabado...
- GONZ. Sí tal... ya hemos terminado.
(Envaina su espada.)
- MARG. Pues entónces... Dios os guarde.
(Despidiéndole.)
¡Brígida! (Llamándola con angustia.)
¿Qué haces?
- DIEGO. ¡Gaspar! (id.)
- MARG. Nada, padre, que ya es hora...
(Ambos se acercan.)
¿no es verdad? (Á Brígida y á María.)
¿De qué?
- DIEGO. ¡Lo ignora?
- MARG. (Sonriendo.)
de leer y de rezar.
Darán las ánimas presto...
¿No os vais?... (Á D. Gonzale.)

GONZ. (Con gravedad.) Rezar os veré...

MARG. Es que yo me cortaré
de seguro...

(Sonriendo: indica á D. Diego que se sienta en su sillón, lo que hace á pesar suyo. D. Gonzalo está á la izquierda del teatro, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada.)

¡Aquí... no es esto?

Ese es tu sitio. (Á María.) ¡Este es el mío!

(Todos se colocan como al final del primer acto.)

Vos no le teneis...

(Sonriendo con intencion forzada á Gonzalo.)

¡Gaspar!

¡el libro!...

(Gaspar se le da sin comprender lo que pasa.)

Voy á empezar

adonde quedé... (¡En Dios fío!)

(Todos están pendientes de la voz de Margarita.)

DIEGO. (Á Gonzalo.) (Disimulad y esperad...

pronto se acaba...) (Se sienta.)

GONZ. (Inclinándose.) ¡Aquí espero!

MARG. ¡Oid tambien caballero!

¡aquí habla Dios! ¡escuchad! (Pausa.)

«Cuándo os pusiérais á orar, si teneis al-
gun odio contra alguno, perdonadle, para
que vuestro Padre, que está en los cielos,
vos perdone tambien á vosotros vuestros
pecados.»

DIEGO. (Interrumpiéndole.) No, no quedamos ahí...
más arriba... en otra hoja...

(Quita el libro á Margarita y busca en él)

MARG. ¡No tal!...

Deja que recoja...

MARG. No, padre...

¡Sí... lee aquí! (Con voz ronca.)

MARG. (Leyendo á pesar suyo.)

«Los pecados de los padres caerán sobre
sus hijos hasta la cuarta generacion, y los
réprobos serán castigados por los pecados
de sus padres y los suyos.»

No es aquí donde quedamos...

(Volviendo á buscar.)

- DIEGO. Antes de ayer lo decías...
MARG. Eso hace ya muchos días... (Turbada.)
muchos... que lo hemos pasado!
DIEGO. Las faltas del padre... (Con acento sombrío.)
MARG. Insisto...
DIEGO. Caen en el hijo después!...
MARG. Aquello era de Moisés...
¡lo de hoy es de Jesucristo! (Pausa.)
(Leyendo.)
«Si tu enemigo tiene hambre, dále de co-
»mer; si tiene sed, dále de beber, y Dios te
»recompensará.
(Conforme va leyendo Margarita con intencion, todos
los personajes fijan su vista en D. Diego, que baja
los ojos y reflexiona.)
«Porque si vuestra alma está llena de
»rencores, por más oraciones que hiciéreis
»no os salvaré.
«Si vuestro corazon está lleno de odio, por
»más beneficios que hiciéreis, no os amaré.
«Si vuestras manos están llenas de sangre,
»por más oraciones que hiciéreis, no os es-
»cucharé.»
(Pausa. Margarita cierra el libro y se le da á Gas-
par. Se levanta y se acerca á D. Diego, que estará
abstraído completamente.)
¿Tienes tú rencor alguno
después de lo que has oído?...
DIEGO. No lo tengo! (Con gravedad.)
MARG. Dios me ha oído...
Capitan.. ¿y vos?...
GONZ. ¡Ninguno!
MARIA. ¡Ah!
(Respirando con alegría. D. Diego y D. Gonzalo se
acercan uno á otro.)
DIEGO. (Vuestra hermana es María...
y lo ignora...)
GONZ. (Partiré.)
DIEGO. ¡María! (Llamándola con cariño.)
MARIA. ¡Todo lo sé!
(Llorando y en voz baja á D. Diego, aparte.)
¡Padre y señor!

DIEGO. (Abrazándola.) ¡Hija mia!
¡Ven tú tambien. ángel bueno (Á Margarita.)
de esta noche y de mi alma!
Tú has vertido en mí la calma
y has apartado el veneno.
De hoy más no vereis en mí
ni dolores ni desvío:
¡harto sufrió el pecho mio
mientras con rencor viví!
¡Las ánimas! Tú, María,
ya desde hoy tienes un padre.

MARIA.

¡Ah!

MARG.

¡Bien!

DIEGO.

¡Reza por tu madre,
y tú tambien, hija mia!
De hoy más no estará conmigo
quien ve llorar y no llora (Se arrodillan.)
¡porque al bendecirte ahora
hoy á tus padres vendigo!
Que si fueron sus acciones
causa de perpétuo llanto,
siempre el perdon es más santo
concedido entre oraciones.
Rezad con fervor y anhelo
para que á su puerto arriben,
¡la oracion de los que viven
abre á los muertos el cielo!
(Se oyen las ánimas como en el primer acto, y el
cuadro final es tambien el mismo.)

FIN DEL DRAMA.

*No hallo inconveniente en que se represente
este drama, titulado La oracion de la tarde.
Madrid 23 de Noviembre de 1858.*

El Censor de Teatros,

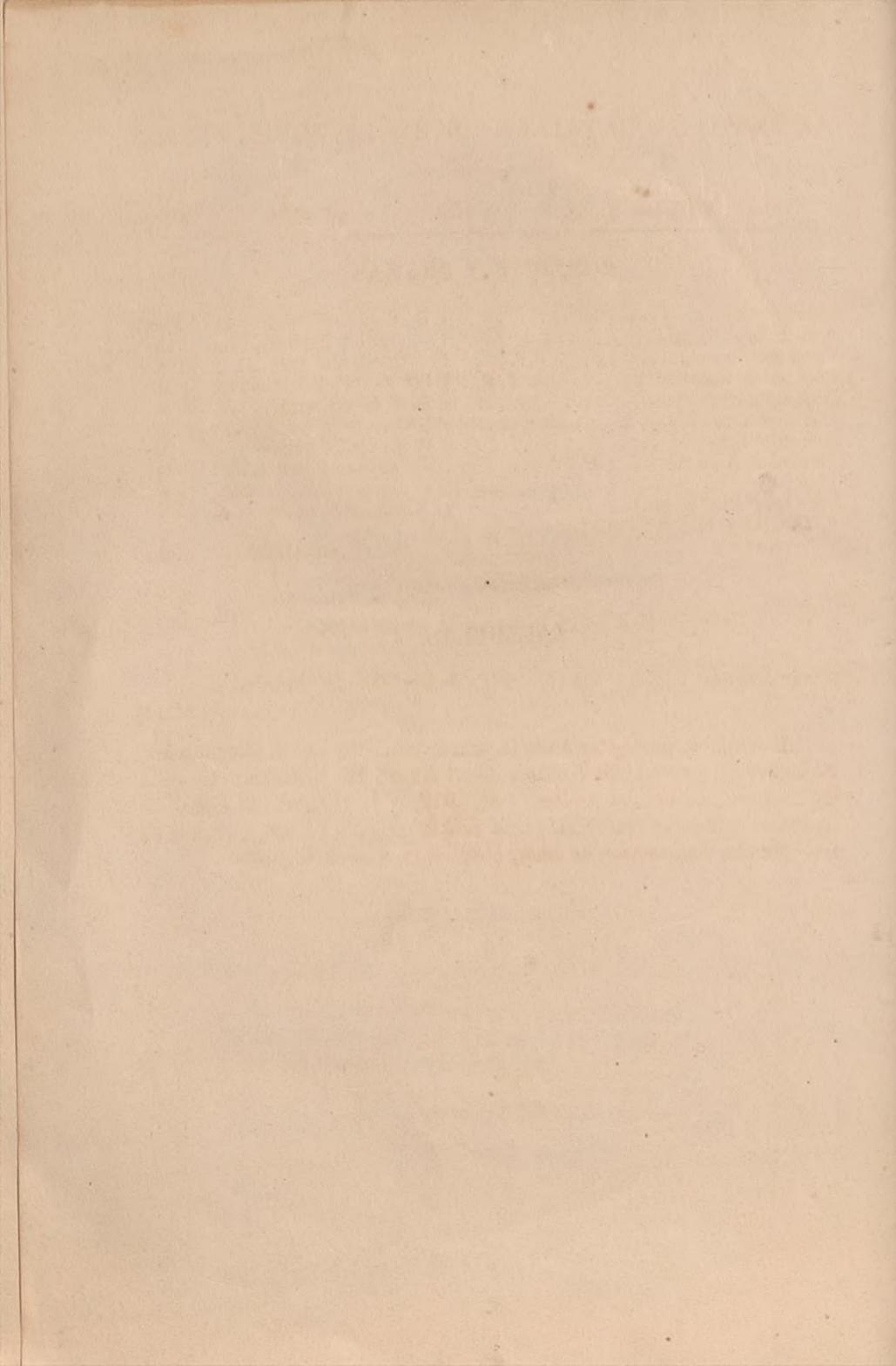
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title.

Main body of faint, illegible text, appearing to be several lines of a letter or document.

Faint, illegible text centered on the page, possibly a signature or a specific section header.

Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly a footer or a closing statement.



AUMENTO AL CATALOGO DE 1.º DE ABRIL DE 1877.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Enciclopedia.....	1	D. Calixto Navarro.....	Todo.
Breton.....	1	Emilio Ferrari.....	»
Cazar con liga.....	1	Eduardo Inza.....	»
La agencia matrimonial.....	1	D.ª Asuncion Lozano...	»
Quien á hierro mata.....	1	D. Emilio Ferrari.....	»
Una casera modelo.....	1	D.ª Asuncion Lozano...	»
Una justa literaria.....	1	D. Leopoldo Vazquez...	»
Un detalle de la vida.....	1	Adelardo de la Calle.	»
El señor de Manzanillo.....	2	Salvador M. Granés..	»
Para tal culpa tal pena.....	2	José Echegaray... ,	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses.....	3	R. G. Santisteban...	»

ZARZUELAS.

El laurel de oro	2	Sres. Granés, Navarro y Taboada.	L. y 1/2 M.
------------------------	---	--	-------------

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas: *El matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well*, y la mitad de *El laurel de la Zúbia*; el libro de la zarzuela en un acto *El sargento Lozano*, y el de la en tres llamada: *Una cancion de amor*, obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 25.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.